



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

DEL MAR, DE LA MONTAÑA, DE LA ESTRELLA

Un relato del soñador del Ande, tejido al
Modo Fantástico

Escrito el año 1980

Primera edición electrónica 2006

*
*
*

Portada: Potosí cortesía UNESCO

EDITOR © Rolando Diez de Medina
La Paz - Bolivia

“El Mar, símbolo de
juventud;
la Montaña de madurez:
la Estrella del ideal; ¿no son
las claves rápidas, morosas
alternativamente, de toda
iniciación espiritual? Sigue
sus huellas en el Laberinto
de las vidas: poesía, música,
imágenes te devolverán tres
veces la hondura del pensar.
Así sea, sin descanso.”

Maestro del Ande

En el nombre de Dios, Nuestro Señor, que me otorgó el don de escribir, de transmitir ideas, y el regocijo profundo de un pensar melódico que jamás descendió a malignidad, evoco el itinerario del caminante que escapó a los dragones del Laberinto.

Porque el Laberinto existe, sus dragones custodios nos amenazan sin descanso y ya es hora de sustraerse a las miserias horrores de las modernas escrituras para demostrar que todo náufrago puede salvarse, si prefiere la salud al escándalo, la luz a las tinieblas, la nobleza del bien decir al lenguaje licencioso.

Diré de sucesos, cosas, seres accesibles y también de presencias insólitas, pues de polar oposición se tejen los días. Y mi relato será uno, continuado, espontáneo, no tendiendo a la perfecta obra de arte, mas a verdad vivida o revelada. Sin desvelos de originalidad, sin buscar el asombro: narrando simplemente.

Recordar, inventar, andaduras similares. ¿No somos, todos, hechura de realidad y fantasía?

No importa se dé poco crédito a cuanto digo. Ni el rechazo ni las críticas adversas. Pero yo sé que en todo lugar siempre hay uno o varios que entienden la escritura y aquello que subyace detrás de la escritura: para ellos mi relato.

Memoria e imaginación me sean propicias.

Tengo cien mil años: puedo ver o recordar lo que aconteció hace cien milenios y proyectarme otros cien hacia adelante. No es fácil pero tampoco imposible. Lo que me aterra es que a veces, me hundo cien mil años en profundidad; entonces se me revelan la espantosa antigüedad de la Tierra y el sagrado poder del Hombre. Verdad que para millones y billones de seres vivir es plácido y sencillo: se piensa sólo en el propio contorno y en menudas cosas sin angustiar la mente. Desde antes, desde siempre, pensar y angustiarse por el pensamiento es tarea de pocos. La cultura se contrae cada vez más; cada cual opta por su paquete de conocimientos determinados, se especializa, olvida redondear su mirada y su sentir en el círculo magnífico de maravillas que nos fué donado. No es culpa suya: pocos son los escogidos, muchos los desdeñados. Y a aquellos corresponde responder por esa elección. Seres destinados, su iniciación brotará de adentro aunque sea suscitada por la exterior realidad. Y su misión se perfila más alta cuanto más tenebroso el ámbito que lo envuelve.

Son los Hermanos de la Noche. No se los ve, no se los reconoce, no se los comprende si por azar se llega a tropezar con ellos.

Campean los perversos, los farsantes. Su prédica de sensualismo y de violencia fascina. Cunden escándalo y mentira. Vivir consiste en buscar la línea de menor resistencia. ¿Para qué luchar por la salud del cuerpo y el perfeccionamiento espiritual? Rimbaud ya lo estampó: lo que cuenta es violentar los sentidos hasta la exasperación. Ética y estética del siglo: negarlo todo, romper los límites, adorar el exceso. El desaforado como rey del mundo.

La noche es día, el día noche. ¿No lo habéis comprendido aún? Lo que dijo el Hombre de Patmos se esta cumpliendo ya: el fuego rasga el espacio y va devorando el alma del hombre. El ascenso al pasmoso poder científico es, en otro sentido, un descenso a la paulatina animalidad. Pero no caigamos en funesto pesimismo ni en miedo cerval. Cierto que ya no somos el centro del universo sino frágiles criaturas suspendidas en el vacío: las más sin Dios, sin leyes morales, sin estructuras firmes en lo social y en lo económico, flaco el ánimo, debilitada la capacidad de comprensión y adaptación al mundo técnico que todo lo complica en su avance acelerado. Pero a los menos corresponde mantener viva la fe, seguir confiando en los designios divinos y en la ley natural, luchar contra el desorden y los miedos, contraponer los dones de la Gran Madre telúrica a los riesgos de las urbes tumultuosas, vertiginosas, no perder jamás la esperanza en el poder creador de la mente y en la fuerza indestructible de la humana voluntad.

Un preludeo del "Clavecín Bien Temperado" entrega claves de serenidad y de armonía; ¿por qué sumirse en el estrépito, el alarido, las disonancias de la anti-música en boga?

A veces dialogo con un solo interlocutor, otras me dirijo a muchos. El monólogo silente que nadie inventó, menos Joyce el disociador, porque existió de siempre en la vida y en la literatura, suele ser útil. Pero todo Hermano de la Noche requiere un compañero, confidente y animador a un tiempo. Al mío lo llamo Korawasiri —en aimára "el hondero"— porque dispara sus piedras con fuerza de huracán y me proyecta lejos, muy lejos... haciéndome sentir la potencia y el vértigo del pensar del hombre. No sé si bajó de las estrellas o si brotó de mis entrañas. Es el regulador de mis hallazgos y extravíos. No importa que los demás no me comprendan: él me entiende. Esclarece lo oscuro. Corrige lo desviado. Es el buen compañero, aquel que sólo se encuentra después de larga vida y tempestuoso transitar. El último amigo, que es el mejor.

—Siempre busqué la incitación en el contorno —le dije— por ejemplo cuando miro hondamente, hondamente al Padre Blanco, él me da fuerza e inspiración para emprender cosas mayores.

Korawasiri ha contestado con voz pausada:

—Fuerza e inspiración no están allá, brotan de adentro, las llevas en tu interior. "Illimani" está, ahí, para despertar tu energía dormida. Es tu propia fuerza la que dispara hacia el colosal blanco inmóvil; hace impacto en él, rebota, y la montaña te devuelve tu propia fuerza acrecentada por la contemplación de la presencia insigne.

Soy humilde ante los poderes visibles de la Naturaleza. Es halagador lo que refiere mi amigo, pero aun dudo. ¿Todo lo llevamos en nosotros mismos, el mundo exterior sólo sería el gran espejo que nos devuelve la imagen visible de la invisible intimidad? Cauteloso he preguntado:

—Para ver o imaginar tiempos remotísimos, para presentir o proyectarme a futuros de espantable lejanía, ¿acaso podría contar sólo con mi mente, mi fantasía y mi voluntad?

—Ellas son lo esencial mas no se bastarían; la materia y el mundo visible son copartícipes, la razón integradora del pensar y el quehacer humanos. Alma y mundo exterior corresponden. Tú conoces su lengua muda: te llevará donde deseases...

Veníamos del diluvio, sucios, ensangrentados, agotados por el hambre y por el frío, las madres abrazadas a sus tiernas criaturas, los hombres indiferentes a las mujeres cuidaban más por su propia subsistencia. Una muchedumbre sedienta, privada de recurso es casi inhumana. Trepábamos montaña salvadora que poseía una senda circular y parecía no terminar. Después de fatigosos esfuerzos llegamos a una amplia meseta sobre la cual corría una vena de agua. La multitud se precipitó furiosa hacia la superficie líquida lanzando gritos de júbilo: estaban salvados! Todos se empujaban, se atropellaban sin la menor consideración; ancianos y niños quedaron a la zaga, pues los varones más fuertes y las mujeres más vigorosas ganaron los primeros puestos. Nos cubríamos con pieles de animales. Algunos llevaban garrotes, otros cortas hachas y lanzas aguzadas. El jefe del tropel quiso imponer orden mas nadie lo escuchó: éramos un pueblo de bárbaro sin más ley que el hambre y la sed después de treinta días de abandonar las cuevas de Sandrukhat que habitábamos hacía muchas lunas.

Otros pueblos fueron aniquilados por las aguas. Nosotros tuvimos suerte de habita al pie del gran monte Sinormah, cuyas amplias faldas y elevado remonte final nos salvaron pues las aguas alborotadas cubrieron valles y bosques y las colinas sin poder alcanzar la cima de la enorme montaña.

Al descender las aguas todos quisimos bajar a las tierras empastadas por el limo y por las piedras. Ahora escuchamos las voces de mando del Jefe que ordenaba el descenso y recomendaba precauciones porque el suelo en pendiente ablando por la inundación se presentaba traicionero y podía ceder al mucho peso. Alentados por la perspectiva de volver a encontrar morada y alimentos, descendíamos lanzando gritos, agitando brazos para entrar en calor, apiñándonos en grupos para cobrar mayor ánimo. ¡Qué contraste entre el ascenso penoso y desesperado cuando creíamos que las aguas nos perseguirían hasta alcanzaron y esta bajada bulliciosa y esperanzada que nos devolvía a la tierra materna!

Tuvimos que emigrar a otra zona, una meseta de amplios boscajes y lagunas donde hallamos cuevas, animales, peces y pájaros para alimentarnos. Mientras las parejas buscaban acomodo en las cuevas — acaso recintos de otros pueblos que a su turno habían emigrado a lugares más lejanos y propicios — yo, solo, sin vínculos familiares porque padres y hermanos habían perecido en la inundación, miré en torno: podía acomodarme en cualquier abertura o rincón de la cueva. Joven, fuerte, y animoso sabría salir adelante. Me respetaban por mi vigor natural, por mi audacia, porque mi mente no descansaba para urdir salidas a las situaciones difíciles. Me faltaban mucho para hacer de conductor de los grupos, pero yo sabía que al cabo de muchas lunas y esforzándome aventajaría a otros de mi edad.

Me gustaba prestar ayuda a los débiles y a los necesitados, hace jugar a los niños y discutir con los mayores. Me revolví para auxiliar a un pequeño caído en el suelo y entonces ví a la madre, una mujer joven, como yo, hermosa de cuerpo y de cara. Sus grandes ojos me miraron entre asustados y sorprendidos. Quise hablar y no pude, tampoco ella dijo palabra. Cogió al niño en sus brazos me contempló otra vez intensamente y se alejó. Enardecido por su presencia quise atenerme a la ley de la tribu, la ley del más fuerte. Quienquiera fuese su hombre lucharía con él, lo vencería y la quitaría su hembra: sería para mí. La seguí hasta la hendidura que aparecía en un rincón de la gran gruta y que debía ser su refugio. Postrado en un jergón yacía un hombre rubio de faz mecilenta y cuerpo malherido. Su mirar triste reflejaba el aniquilamiento físico: anchas hojas de plátano cubrían sus heridas que no eran pocas. Si no estaba próximo a perecer al menos permanecería inválido. ¿Su hombre, su padre, su hermano? No lo averigüé. La muchacha me contemplaba hondamente. Yo presentía que Ella y ninguna otra me haría dichoso para siempre... Pero las mujeres, en la tribu, no hablan sino cuando el varón lo ordena. Ni el enfermo rubio ni yo dijimos nada. Nos mirábamos, los tres ansiosos. ¿Para qué hablar? Yo comprendí que la joven me amaba desde que cruzamos la primera mirada. Pero ese hombre, ahí débil, indefenso ¿cómo habría podido arrebatarme su hembra? Sabiendo que renunciaba a mi dicha y que más tarde me haría pesar de haberla abandonado, la miré una vez más captando el mirar ternuroso de sus grandes ojos fijos. Y me alejé con un vago sentimiento de orgullo: era joven, era fuerte, era noble. No podía aprovecharme de la desgracia de otro. Así fue cómo perdí mi único amor.

Una pintura de Watteau. Esos fondos poéticos, penumbrosos, penetrados de misterio. Esa musicalidad recóndita. Ese refinamiento de las vestiduras y las actitudes. El amor, la amistad brotando de un paisaje sugestivo. ¡Qué contraste con las formas desordenadas, descuidadas, a veces brutales de hoy: hombres y mujeres confundidos en la general displicencia, en el mismo culto a la torpeza y a lo feo! He pensado que para sepultar una civilización, los dioses comienzan enloqueciendo a las personas. Picasso grotesco, disociador, extravagante, es la respuesta lógica a la perfección plástica del rococó francés.

El mundo al revés, el mundo está loco son algo más que simples frases. El cable vibra transmitiendo desastres: por todas partes sangre, violencia, saqueos, venganzas, torturas lo mismo desde arriba que por abajo. La política cada vez más sucia, la economía menos comprensible cada vez. Y esas mujeres con pantalones y esos hombres con melenas... Cine y literatura emporcados de pornografía, lejos del fino erotismo de antaño. La juventud desorientada, la madurez perdiendo la antigua confianza. Las naciones detrás de las armas, los pueblos flanqueados por la demagogia y la dictadura. Técnica y ciencia cada día más poderosas, hombre y alma más frágiles cada día. Despedazados los valores sin que nada los sustituya. La sociedad sin Dios rueda sin brújula.

No perder la fe, la confianza, la esperanza. Es sólo una crisis más; más prolongadas, más terrible pero no seamos milenaristas: ni el mundo terminará ni el hombre irá al naufragio. Su inteligencia y su voluntad vapuleadas por las presiones del contorno, pueden y deben responder sin perder el ánimo. La nueva aurora, aunque no lleguemos a verla muchos, habita ya nuestros corazones.

Korawasiri ha dicho:

— No te pierdas en análisis infructuosos. Todos presienten el abismo aunque desvíen la mirada por agorafobia. Haz poemas, piensa en cosas bellas, ten misericordia con el prójimo. Busca el lado claro de los seres. Es el único modo de librarse del miedo que atenaza las conciencias.

Lindo consejo, ética elevada. No quise responderle que aun si fuera un profesor de energía y de optimismo siempre sentiría —sin verlo— ese inmenso bloque cuadrado que adivino suspendido sobre mi cabeza, próximo a laminarme contra el duro suelo. No acude en forma continuada pero se presencializa bruscamente y subsiste lo suficiente para llenarme de pánico, por que ignoro si es sólo una idea o una amenaza materializada e sugerencias que provienen de otra dimensión...

No pensar demasiado, no afligirse en exceso. Todos llevan su carga de pesadumbre y desencantos. El infierno está aquí: hay cien testimonios de ello. Pero si miras y escuchas a un

niño, aunque sea sólo unos instantes como probarás que también las puertas del paraíso se hallan próximas.

Los buenos amigos son tan pocos y es tan difícil reunirse con ellos, que debo refugiarme en los Hermanos de la Noche. Surgen de la soledad de mi Estudio, brotan de los libros y los discos, retornan de un pasado olvidado, los manda el Maestro Interior y cuando la imaginación se extravía por laberintos inverosímiles ellos me devuelven, acompañado, al reino de lo estable y verdadero. Por su ciencia oculta aprendí a conversar con las estrellas y a recoger los latidos de la tierra. Sé que el Sol es un Espíritu Inductor que nos insufla atrevimiento y energía, y la Luna la Gran Maga madre de sueños y fantasías. Ellos me guiaron por la selva cerrada de los poetas persas, de los místicos castellanos y sufíes, de los románticos germanos y por su mano amiga llegué al umbral del Maestro del Ande, todo él revestido de bondad y sabiduría. Me miró con paternal cuidado, puso una mano en mi hombro, e hizo un ademán de despedida. Comprendí que aun debía padecer mayor dolor y decepciones antes de volver al Maestro del Ande.

Delgado, ágil, de gestos rápidos y nerviosos el hombre joven hablaba con vehemencia y precipitación: el maduro, menos impaciente, de físico más lleno, irónico en el decir, miraba al joven con expresión desdeñosa: y el tercero, de edad proveya, intervenía en la discusión con habla lenta y moderada, tratando de concertarlos en mutuo reconocimiento sin lograrlo. Cada cual parecía tener razón. Hablaron de la vida, del destino, de la muerte, del valor de la juventud, de la madurez y de la edad crepuscular. Y todos tres argumentaban lúcidamente sus respectivas posiciones. El joven, a ratos me irritaba: se lo veía petulante, atropellado. Al hombre maduro lo encontraba más sereno, con cierta suficiencia por su saber. Y en cuanto al de muchos años lo hallé con mucho de sabio y algo de santón. Siendo diferentes, los tres poseían distinto atractivo: en uno predominaba la explosiva voluntad, en otro el equilibrio intelectual, y el tercero sobresalía por su remansada inteligencia que hablando poco expresaba más que las muchas razones de los otros dos. Uno sobresalía por su vehemencia, el segundo por su firmeza, el tercero por un apacible discurrir.

— Quiero ser el primero en todo —dijo el joven.

— Aúno la fuerza con la experiencia; el mediodía de la vida es el tiempo del esplendor —agregó el varón maduro.

— Puedo dar, renunciar, agradecer por lo pasado. Nada envidia. Todo puede explicarse —añadió el hombre proveyo.

Se me antojó ser afín con ellos en ciertas distintas maneras de tiempo y lugar como si se tratara de hermanos reencontrados.

Un mágico cambio de escenario me condujo de espectador en un estadio de fútbol. Cosa singular: no había público, solo yo en las extensas tribunas desiertas. El joven jugaba con ardoroso empeño, veloces carreras, tiros furibundos al arco, sin perfecto dominio de la pelota ni mucha precisión en los pases, pero jugaba con tal entusiasmo que aventajaba a los restantes jugadores por su fuerza y decisión. Súbitamente el estadio se colmó de gentes, vítores, insultos, rugidos de la multitud. El hombre maduro jugaba acometivo unas veces, otras calculador y lento, como graduando sus energías. Era más diestro, sin duda, que el joven pero carecía de su impetuosa porfía. Impulsaba el balón con menos furia mas lo colocaba con mayor precisión en los pies de sus compañeros. Otro cambio brusco del panorama visual y el señor de mucha edad en un jardín cerrado ya no jugaba fútbol: ni corría ni se agitaba mucho: se limitaba a patear el balón y a esperar que lo devolviera un niño rubio ágil, fuerte, tenaz buscando el fondo del arco defendido por el hombre de muchos años.

Después ví pasar al joven con muchachas, siempre diferentes. Reía y parecía contento con su pareja de turno. El hombre cruzó varias veces frente a mí, junto a una mujer, que alternaba con otras. El varón proveyo pasó acompañado siempre por una sola dama, muy bella, erguida, que irradiaba serena dicha en sus ojos oscuros.

Finalmente las tres personas, ya desprendidas de la compañía femenina volvieron a enzarzarse en animado coloquio.

Hablaban de muchas cosas que yo también conocí, algunas de las cuales, como ellos mismo, no pude descifrar.

Terminada la discusión sin que llegaran a ponerse de acuerdo, no entendí por qué no me dejaron intervenir en ella, pues había como un velo finísimo, quemante, que me impidió acercarme a ellas. Ví cómo se alejaban, tomando por rumbos distintos. En ese instante se me aproximó otro de los Hermanos de la Noche al cual bauticé como el Revelador, porque satisfacía mis preguntas intrincadas.

— ¿Quiénes son? —pregunté ansioso.

— No los has reconocido —respondió el Hermano de la Noche, y te son tan próximos. Uno es como el Mar, siempre agitado, cambiante siempre, hirviendo de impulsos y de cóleras salvajes. Sus reacciones imprevistas, sus raptos de acción llenos de fuerza y de pasión. Ambiciones encontradas lo poseen. El mismo no sabe lo que quiere. Es audaz, no muy constante, dispuesto a todo. No teme al peligro ni a las dificultades. Mandar es su meta. El segundo es como la Montaña, tranquilo es ni mismo. Conoce la extensión de sus poderes. Aprendió mucho mas sabe que le falta por conocer mucho más. No aspira a ser el primero sino uno de los mejores. Noble por inclinación, la experiencia lo maduró en conducta. Equilibrado en ideas y actos busca la armonía vital. Imponer la conciencia sobre los instintos es su meta. El señor crepuscular es como la Estrella, símbolo del ideal que se renueva sin cesar y siempre está vibrando distante. Ya colmó su existir, vivió intensamente, en juventud y en madurez. Ahora le toca renunciar, desprenderse de bienes y saberes. Busca conciliar a los hombres con la naturaleza y entre ellos mismos. Su meta es el reconocimiento por lo mucho recibido y la preparación para la Nueva Vida que aguarda detrás de la Puerta del Segundo Destino.

— Por momentos me agradaban; otros los rechazaba. Me produjeron impresiones alternadas de simpatía y desconfianza.

El Hermano de la Noche sonrió travieso:

— Claro: si eran proyecciones de ti mismo. Viste, en figuras transcorporales, lo que fuiste a los 20 años, a los 40 y transmontados los 60.

— Tal vez tengas razón —repuse. Me siento cada día más lejos del mar, y más próximo a la montaña y a la estrella...

Releer es gozoso y decepcionante según el autor elegido. Descargando a los Grandes Maestros inagotables —Platón, Shakespeare, Goethe y tantos otros— generalmente un clásico vuelve a encantar tus horas, un moderno con excepciones (Golsworthy, Katzanzaki, Maurois) fatiga en la segunda lectura. No para todo tiempo ni en toda circunstancia releer es a manera de una segunda sabiduría: se capta mejor lo ya conocido, se desentrañan distintas significaciones, se calibran mejor impresiones y matices, se reconocen a los personajes que infundieron antigua simpatía, se siente la fina belleza de la buena literatura. Esto si se sabe elegir los autores. Pero si se relee un autor liviano, que impresionó la juventud por su brillo efímero pronto se advierte la endeble arquitectura del relato, el juego forzado de sus juicios, el engaño en sus ficciones; y la decepción impide proseguir esa segunda lectura. Volver a un autor ya conocido es como revivir lo vivido y esto importa mayor exigencia crítica, una como afinamiento de los sentidos, saber tamizar lo profundo de lo frívolo. Después de la vida que nos es donada y del espectáculo soberbio de la naturaleza, nada hay más hermoso, más revelador ni más agradable que leer y releer libros favoritos. La lectura la inventaron los Ángeles del Conocimiento; sólo que los Serafines Caídos se introducen en ella y con ayuda de los autores pervertidos envenenan a vez a los lectores.

Relee Novalis, Proust, Ibsen: reaparecen siempre nuevos, sugestivos. Su escritura surge de ángulos inéditos aunque ya se conozca el trazo lineal del primer encuentro. Y existen obras,

autores que jamás cansan ni agotan la diversidad de sus representaciones: son matinales y vesperales a un tiempo. Están naciendo y cerrando círculos perfectos. Por ejemplo La Biblia, Homero, Dante.

Nada hay que supere en la extensa historia del hombre el milagro del libro que enseña el ojo que lee, de la mente que absorbe lo que se entrega. Triple comunicación vedada a las generaciones remotísimas.

Pero el mundo actual no quiere lecturas deleitosas ni graves meditates; sólo devorar noticias y acumular dineros. Pensar se ha vuelto enojoso, sólo cuenta la acción, el movimiento sin pausa. La letra práctica ha sustituido a la letra sabia.

Yo era uno de los capitanes más aguerrido del Rey Kolla. Después de los Sacerdotes-Yatiris, que todo lo saben, el monarca prefería a sus generales. Claro que, en esa época, muy joven, apenas tenía el grado de capitán, sólo mandaba a 100 hombres y ansiaba enfrentar nuevos peligros para subir en grados y algún día —lo veía tan lejano— llegar a comandar las huestes del Rey Kolla.

Habitábamos el país alto, circundado de “pucaras” o “llallaguas”, esas fortalezas empinadas en la cima de los montes. Otra de mis ambiciones consistía en ser elegido como Jefe de una “pucara”, sueño también distante. Me faltaban méritos.

Pero el soberano me distinguía con su afecto, pues era su sobrino y aunque rígido en la aplicación de los reglamentos militares me distinguía con pequeñas concesiones que me elevaban sobre sus restantes capitanes.

Yo tocaba con maestría la quena y esa tarde, mientras distraía al Rey Kolla con músicas del País Bajo que le recordaban su pasada juventud, el amauta —introducción anunció:

— Señor. Ha llegado el Enviado del Rey Chimú. Solicita veros enseguida.

Mi tío dio su venia. Ingresó la comitiva a la Gran Sala del Palacio encabezada por el Enviado, un hombre alto, arrogante, ataviado con gruesas pieles. Tras suyo seguían diez nobles. Después un grupo de mujeres presidido por un joven de extraordinaria belleza y majestad de porte.

El Rey conversaba en voz bajo con el Enviado. El resto de su comitiva se acomodó algo distante y como yo ocupaba el puesto primero entre los Capitanes resulté muy cerca del graderío donde tomaron asiento las mujeres de la comitiva chimú. Las jóvenes, bellas y recatadas, sólo podían hablar si los hombres lo autorizaban. Tenían los ojos bajos y sólo los alzaban furtivamente para observar algo fugazmente volviendo a su estado anterior.

Yo dejaba vagar la mirada tan pronto entre los personajes que venían de la corte del Rey Chimú, como me distraía admirando las finas prendas y los lindos rostros de las mujeres. De pronto la joven de mayor categoría alzó los ojos tímidamente, me contempló un poco al sesgo. Parecía una vicuña asustada. Quedé paralizado por la magia de esa cara maravillosa y de esos ojos que celaban una ternura escondida.

Después de largos instantes, la joven desconocida alzó nuevamente los ojos y me dice la ilusión que buscaba los míos, pero el movimiento fue tan breve que pudo ser casual. El corazón me latía fuertemente: “¿y si mirara por tercera vez?” La audiencia se prolongaba. Los personajes de la comitiva del Enviado del Rey Chimú permanecían erguidos, inmóviles como estatuas de piedra. Las extranjeras, quietas asimismo, mantenían su recato, moviendo apenas las cabezas para ver de soslayo la corte y el interior del palacio de nuestro soberano. Cuando ya juzgaba ser víctima de mi imaginación, la hermosa desconocida levantó los ojos por tercera vez buscando abiertamente los míos, en un mirar tímido y anhelante a un tiempo que me hizo comprender que yo tampoco le era indiferente. Me sentí transportado lejos de la escena: “Alaj-Pacha”, el mundo de arriba existe —pensé— y el modo de llegar a él consiste en ser elegido por esos ojos de vicuña temblorosa.

Terminada la audiencia que debió ser de alta importancia porque el Rey Kolla y el Enviado demostraban gran preocupación en sus rostros, el Amauta-Introducción presentó a los recién

llegados ante nuestra Corte. Después de hacer conocer a los varones y dignatarios de la comitiva chimú, llegó el turno de ser presentadas a las damas.

— La princesa Tana-Wara —proclamó prometida del Señor Enviado, la flor de las mujeres del Reino Chimú.

La joven hizo una reverencia a nuestro soberano y como yo estaba cerca del solio del Rey kolla, al retirarse me miró una vez más en forma significativa: parecía temerosa y alegre al mismo tiempo. Me sentí traspasado de júbilo. ¿Qué podía sentir una princesa chimú por un oscuro capitán del Kollasuyo?

Los dos días siguientes apenas ví pasar fugazmente a Tana-Wara, rodeada por sus servidoras, nunca andaba sola. Pero el tercer día en el camino al Palacio de Piedra cruzamos miradas; la suya honda y enigmática decía tantas cosas... No sé si fue imaginación mía o acción deliberada de la Princesa: ella miró fugazmente a un bosquecillo próximo. Creí comprender. A la medianoche, cuando la Madre "Pajsi" —la luna— niquelaba el paisaje, me encaminé al bosquecillo. Aguardé un corto tiempo y Tana-Wara apareció leve y medrosa como una vicuña. No podíamos hablar por la emoción. Nos cogimos de las manos y sólo atinábamos a contemplarnos. Después de un rato indecible cuya duración no puedo precisar rompí el silencio:

— Princesa —dije— soy un simple capitán, indigno de alzar los ojos a tu grandeza y hermosura...

Ella me cerró los labios con su mano suavísima:

— Mi corazón te escogió desde que te ví —repuso— pero estoy destinada. Las leyes de Rey Chimú y de su corte son inexorables. Seré del Señor Enviado aunque no lo amo.

Y sus ojos apenados me miraban hondamente, hondamente.

Nos frotamos las narices en señal de amor. Después jugamos corriendo y escondiéndonos entre los árboles. Luego nos sentamos en un viejo tronco derribado. Ella me contó una leyenda chimú muy tierna, muy fina; yo le entoné un "jarahui" nostálgico que evocaba un amor perdido.

Ella alzó la mirada a la Madre-Pajsi, (la luna), calculó el tiempo por su trayectoria en el cielo y expresó:

— Debo volver, las jóvenes podrían notar mi ausencia.

— Tana-Wara: jamás te olvidaré.

— Capitán: mi corazón se quedará en estas montañas.

Ya no pude volver a cruzar palabras con la Princesa. La mañana que partía el Señor Enviado del Rey Chimú, con su lujosa comitiva, el instante en que todos sus componentes hacían la reverencia final en homenaje al Rey Kolla, Tana-Wara al alzar el busto me envió la mirada de despedida, y había tal angustia amorosa en ella que me dejó cautivo para siempre.

El capitán del Rey Kolla no pudo unirse a mujer alguna porque la Princesa del Chimú lejano se llevó su corazón.

Un triángulo invisible pero certero comunica mágicamente la Luna, el Nevado y el Soñador

Si un segundo espectador contemplase la escena pensaría: "nada de extrañío; el poeta se imagina que hay vinculaciones misteriosas entre la montaña, el astro y él mismo. Simplezas."

El soñador siente primero, luego medita. Siente que fluyen radiaciones enigmáticas de su mente al Nevado, del Nevado a la Luna, y de la Luna retornan a su mente. Es como un trío maravilloso donde los tres instrumentos conciertan magistralmente sus voces. Del fondo del

universo ha surgido el astro pálido, de la tierra inmóvil se yergue el monte excelso, y de la ínfima espiga humana brota la llama pensante que lo enciende todo.

No todo es dual, todo es trinidad.

Ni el astro es frío. Ni la montaña inmutable. Ni el poeta minúsculo y frágil. La luna se da en dimensión de lejanía, el monte en clave de inmensidad, el soñador mira y es mirado: siente que las dos grandezas contempladas disparan vertiginosamente su pensamiento. El Gran Nevado fue colocado ahí, por la mano de Dios para que durante cuarenta años se agigantara como una catedral infinita en tu corazón. La Maga Lunar, contra lo que sostengan astrónomos y sabio, no es un mundo muerto ni un planeta yerto: irradia verdades ocultas, es el último refugio del amor fiel, la mansión transfiguradora de las imaginaciones. Y el poeta que mira, siente y piensa, habla la lengua hermética de los iniciados-intuitivos, aquellos que comprenden sin auxilio de ciencia ni de recónditos saberes, por el solo encantamiento del pensar.

No perturbes el éxtasis del soñador. Está oficiando ante la naturaleza soberana. Su sueño visual es más auténtico que las palpables organizaciones de la materia. Existen vínculos enigmáticos que comunican sin descifrarse, dando apenas la sospecha de su invisible transitar. Si te fue donado levantar la punta del velo que esconde el Misterio: ¡detente! No te será dado saber más.

Y luna, Nevado y Soñador volverán a encontrarse en comunión inefable tantas veces cuantas la pureza del sentimiento aproxime sus almas inmortales. Porque todos tres son seres vivos, comunican, se unen en el Triángulo Sagrado del éxtasis visual.

¿Te diste cuenta que cada vez que un niño pasa a tu lado, riendo, cantando, gritando es como si cruzaras junto a las puertas del Paraíso?

Cristo y Anti-Cristo son los dos polos de la conducta humana. Y son, también, dos fuerzas, dos símbolos que encarnan en personas; sólo que no sabemos reconocerlos. Pasan a nuestro lado, actúan cotidianamente, nos guían nos desvían, asisten a nuestras cuitas, a nuestros extravíos lo mismo que a nuestras caídas y a nuestras alegrías. Sólo que no sabemos distinguir bien cuál de ambos y cómo nutren aciertos y errores. Porque sucede que los papeles se invierten y a veces el benigno se endurece y el maligno se finge benévolo. Mudan presencia, nos desconciertan. Pero si miras con atención, si aprendes a entender la mecánica secreta de actos y pasiones, podrás determinar cómo el Cristo alecciona y cómo el Anti-Cristo engaña. Por ejemplo en las dos últimas sonatas para piano de Beethoven están ambos: saber distinguir ambos lenguajes. Y en tu vida toda, desde la infancia hasta la senectud ellos te acompañan sin tregua: tu quehacer transcurre a la sombra de las dos Figuras Insignes. Sólo que no sabemos diferenciarlos porque se pluralizan en personificaciones distintas y sin embargo siempre la misma. Los encontrarás muchas o pocas veces según tu poder de penetración espiritual. Otras pasarán desapercibidos. Anti-Cristo no es propiamente el Demonio sino un ser intermedio entre el Bien y el Mal, un serafín caído más sin llegar a la perversión total como el Otro. Todo lo que el Dios-Hombre predicó el Dios-Frustrado lo desconoce, suele confundirnos de ruta. Abrazarse a uno de ellos equivaldría a deshumanizarse porque fuimos hechos de luz y de barro. Sólo el místico o el criminal empedernido podrían hacerlo, porque ya no son seres humanos sino volatilizaciones de la voluntad. Cristo y Anti-Cristo te acechan, te conducen, te llaman. Sólo que no sabemos definir cuál de ambos poderes señorea el instante ni quien dominará el próximo.

Triste y noble condición la del sabio: sabe tanto, reflexionó cuanto que ya nada le parece extraño. Lo mira todo perfectamente eslabonado detrás del cristal de las encontradas apariencias. Noble porque alcanza la suprema armonía recóndita del mundo, de sus seres, y sus cosas, en perpetuo conflicto apariencial cuando en la realidad última esa guerra de los contrarios es la esencia misma del existir. Triste porque ya nada o casi nada tiene por averiguar. Salió de las pugnas del mundo, de la eterna lucha con los otros y consigo mismo; está como fuera del mundo, observando cómo las fuerzas dispersas y en batalla obedecen a un orden superior que las enfrenta, las aleja y las vuelve a juntar, para oponerlas renovadamente en el conflicto de los días.

El sereno juzgador tiene nostalgia de los tiempos en que él también era sólo un luchador, un buscador.

Sabiduría: el último refugio del pensador. Agobia y ennoblece a un tiempo. Del mucho comprender nace el deseo de penetrar de una vez a ese Otro Mundo que con otras revelaciones satisfará nuevas inquietudes y nos devolverá a la gozosa condición del guerrero siempre en pos de lidia y de verdades.

Baja, baja de las nubes. La vida te aguarda con sus tentaciones finales y sus pesados problemas; ¿cómo podrías sustraerte al diario roce de gentes, cosas y sucesos? Como hombre perteneces a la masa humana; como ser espiritual eres el solo dueño de tus actos. Soñar, meditar, escribir: tan bello como digno. Pero mejor aun fatigarte por los demás, cumplir los pequeños y aburridos deberes de la cotidianeidad, poseer vocación de servicio a la comunidad. Da tu tiempo, tus energías al prójimo. Pisando el suelo, vinculado al esfuerzo de los otros es como más accesible te será el retorno a las nubes coronadas con cingulos de fuego.

Nuestro tiempo cruzado de sucesos y sensaciones apenas si da lugar a la tranquila reflexión. ¿Qué es verdad; qué imaginado; y entre dos o tres versiones sobre un mismo asunto ¿cómo sabes cuál es la verdadera? Los mejores inventores no son los novelistas sino los políticos. Estalla una revolución o golpe de Estado tan frecuentes en Sudamérica y en Bolivia. He aquí los dos criterios:

El partidario del régimen depuesto:

— Gobernábamos bien, con orientación a una izquierda moderada, con Parlamento, pluralidad de partidos políticos, libertades plenas y medios de comunicación exentos de todo control. Había discrepancias entre el Ejecutivo y el Legislativo, pero eso es precisamente democracia. El país respiraba después de muchos años de gobiernos de facto. La demagogia verbalista en nada alteraba la solidez del sistema institucional.

El partidario del golpe revolucionario:

— Se preparaba una tenebrosa subversión de extrema izquierda financiada y armada por el comunismo internacional. El gobierno era débil, indeciso, inoperante, no podía enfrentar la anarquía política ni la crisis económica. Se quería destruir las FF. AA. y acabar con la democracia para implantar el socialismo totalitario. Huelgas, paros, amenazas todos los días. La Nación estaba al borde del caos. La pretendida democratización era una farsa.

Probablemente ambas versiones son en parte verdaderas, en parte exageradas. Ni ética ni pureza de intenciones. Predomina en los caudillos militares y en los líderes civiles el ansia de poder, la ambición de mando que deparan tantos beneficios. Y aunque unos son los que se arriesgan exponiendo vida y situación en los hechos, sea para atacar, sea para defenderse, existen otros, menos valerosos que mueven los hilos desde adentro sin arriesgar el pellejo.

Y en cada una de las corrientes, la que sube y la que desciende, hay multitud de tendencias, fuerzas encontradas, sectores divergentes, lo mismo que se subdividen cada cual de los sectores de actividad en numerosos grupos de presión que se friccionan sin descanso.

Esa masa nacional profundamente dividida, esos líderes de todas las clases sociales igualmente atomizados, son los responsables del desorden, el retraso, el lento desarrollo económico. ¿Más quien lo reconoce? Los partidarios —en su mayoría fanáticos— son los peores enemigos de la democracia sudamericana, que nunca llega a tal porque no pasa de la teoría enunciativa.

Nos faltan el espíritu de solidaridad social, el sentido de responsabilidad. Por ello seguiremos siendo —¿hasta cuándo?— presa fácil para los gobiernos de facto y los regímenes duros. Y la triste verdad es que el caudillismo, el mando centralista, hace andar mejor estos países jóvenes que la sedicente democracia. Demócratas de intención, los sudamericanos respondemos con mayor eficacia al gobierno de tipo autoritario.

¿Pero qué tienen que ver estas reflexiones de orden político con la literatura, llámese novela, ensayo, crítica? La política es el flujo sanguíneo que mueve el organismo contemporáneo. Directa o indirectamente está en todos los narradores, de Huxley a Malraux, de Feuchtwanger a Hemingway. Es la Gran Maga Escarlata que somete todo a sus designios siniestros si das la espalda al fenómeno político das la espalda a la vida actual.

¿Habitas en el laberinto o él te habita? Miras hacia afuera: todo como el mar inmenso, enigmático, encrespado. Contemplas la extensión interior: es la montaña cruzada de infinitas vetas minerales, presencias sombrías, pétreas vastedad indescifrable. Y la estrella que ayer simbolizaba el ideal, —los sueños prodigiosos por suceder se esconden en cielos anubarrados,— y reaparece furtiva en la noche oscura y misteriosa.

Se diría que el mundo gira sobre esos fondos tenebrosos del Greco, negadores de la dicha y la esperanza. Y que las almas se adelgazan como sus figuras espiritadas. Y los rostros, de hoy, son graves, angustiados, como esas caras transidas de llama mística que pintó el Theotokopulis. Y existe una extraña afinidad plástica entre el paisaje ascético sobre el cual agolpaba sus figuras señoriales el gran pintor, y el desolado territorio urbano en el que bullen las confundidas multitudes de nuestro tiempo.

La sombra del Hombre de Patmos cubre toda la extensión humana. Hasta se podría pensar que aleja los rayos bienhechoras de la presencia del Cristo. Peligros, amenazas, catástrofes... ¿Cómo asirse, cómo ejercer la doctrina de amor y de perdón que predicó el soñador de Galilea? Por un raro fenómeno de reversión, el verbo Joánico parte del Nuevo Testamento pero desemboca en el Antiguo. El profeta apaga al Discípulo.

Erguirse contra las dudas y el desaliento. Todo aparenta mal, todo debe concluir bien. Afrontar varonilmente lo que venga. Un hombre tiene la estatura de su voluntad.

La mujer más encantadora existe, y el héroe admirable también. Sólo que es difícil reconocerlos porque la turbamulta los encubre. El día que los hombres pierdan el sentido de la belleza y del valor habrán abdicado de la condición humana. Un rostro hermoso, un acto de coraje: cimas del ser. Todos los “anti” actuales son negaciones de una inteligencia desviada, de una sensibilidad exhausta. El Anti-Héroe desmiente a la vida, el anti-teatro oscurece el diálogo, la anti-novela ensucia el relato. Ni hay solamente la llamada sociedad de consumo porque el mundo de hoy terriblemente disperso se expande en mil direcciones y es mucho más complicado e ingenioso de cuanto suponen los sociólogos tipo Marcusse, denegadores sin salida.

Una apertura a la confianza, volver a ser hombres, hombres de verdad, buscar en el Maestro Interior las nuevas energías; esto es lo que va faltando a las gentes de hoy que sin timón y sin brújula se sienten a punto de zozobrar en la vorágine contemporánea.

Antes fue fácil narrar, fabricar velas historias. Ahora, después que Kafka revela la angustia sin fondo del alma moderna, Sartre desemboca en la náusea, Camus en el absurdo, ¿cómo luchar contra ese mundo perverso, sombrío, al que se le niega la esperanza y se le atribuye todas las desdichas del ser?

Es difícil, ciertamente, mas no imposible. El hombre se prueba en el dolor, en las dificultades. Si nos describe la negritud de la existencia tenemos que rebelarnos, buscar, luchar por el rayo de luz que nos devuelva a la antigua certidumbre del pensar. Es la voluntad de supervivencia la que salva a los naufragos.

Tiempo de prodigio: todo puede suceder. Sería justo borrar la palabra “inverosímil”, porque cualquiera cosa es posible.

La otra tarde paseaba por el parquecito. No había nadie, sólo yo con mis recuerdos. De pronto una nube purpúrea que reposaba sobre el Nevado, como impelida por un viento invisible avanzó rápidamente hacia el parquecito, y se detuvo en las altas copas de la arboleda. Luego abrió su vientre aurorosado del que se desprendió una escala ondulante por el cual bajaban unas personitas que no llegaban al metro de estatura, vestidas con caperuzas verdes, trajes negros y calzas rojas. “Como en los cuentos de hadas” —pensé. Pero los hombrecitos apenas tocaron tierra

comenzaron a combatirse furiosamente con sus cortos espadines. Tajos fulminantes, mas no salía sangre. Las heridas no parecían hacerles daño. Nadie caía al suelo. ¿O era una pantomima? ¡Qué agilidad de los combatientes, qué saltos, qué destreza en los golpes! La nube de púrpura se transformó en una mujer gigantesca que provista de una red colosal encerró a los numerosos combatientes y se los metió en el regazo a manera de un canguro descomunal. De un pino próximo salió un hombre barbudo, revestido de piel de oso, con un garrote barbotó extrañas palabras y la mujer desmedida se redujo a una figura minúscula que el aire se llevó. Un castillo blanco surgió del barranco del oeste, escuché el piafar impaciente de los corceles, las voces de los caballeros enardecidos. Se tendió el puente levadizo y descendían por él lindos patos garbosos seguidos por un halconero gordo con dos aves en el brazo. De la fuente acuática brotaba un girasol y de sus pétalos una música melodiosa. El aire se poblaba de voces y giros desconocidos...

No sé si sucedió realmente, si lo soñé, o si sólo fue imaginado por mí.

Se conocen solamente las mitologías postrimeras, las más cercanas a la memoria de los hombres. Pero existieron muchas otras, tan lejanas, que perdieron nombre y personería.

Por ejemplo aquella que en los remotísimos Antis dio primacía al suelo sobre el cielo.

Y fue que esos varones ejemplares antes de alzar los ojos al mundo de arriba miraron bien al mundo de abajo. Del suelo genésico y nutricio brotamos todos y a él volvemos. El suelo sostiene, nos da sustento, genera nuestras hazañas, alivia nuestros quebrantos. Todo soñar principia en el territorio que pisamos, toda acción revierte al punto donde nace. El gran guardián. El fecundo impulsor también. Por él guerrean, matan y perecen los hombres. Sin dominio del área que nos sostiene es inútil alzarse a las regiones etéreas. El suelo primordial antecede al firmamento. Y no es verdad que Tellus, la Gea, la Gran Madre Tierra fue la deidad original, porque el Dios Inicial fue masculino: el Padre Suelo. Y esto lo supieron también los pre-kollas, sucesores de los Antis, que adoraron a los montes, es decir al Padre Suelo, que en sus mitos deificaron como "Pacha", el Dios Cósmico del Ande que con el andar de las edades se transmutó en "Jacha-Mama", la gran madre tierra, hija de su padre insigne el piso fundador de todo ser y todo quehacer.

Venera pues al Padre Suelo, núcleo térreo, germinal conductor que te permite alzarte por el pensamiento a la Bóveda Celeste pero te mantiene cautivo por el cuerpo y los sentidos a su realidad esencial y trascendente.

Digan cuanto quieran ilusos estetas, teóricos y fabricantes de esquemas definitorios, el arte es ante todo sentimiento, capacidad de suscitar emociones, poder de afinar el gusto. Los demás se reduce a especulación intelectual.

En esta época de volatilización de los valores cuando el "collage" y el "pop-art" pretenden sustituir a la pintura, basta contemplar unos minutos el paisaje para comprender que la naturaleza no puede ser distorsionada por la locura o la pobreza imaginativa de los hombres.

Arte: esa ciencia universal de acercar y alegrar a las gentes; porque lo otro —cubismo, realismo mágico, pintura abstracta—Son acrobacias intelectuales. El anti-arte.

— ¿Por qué ocuparse de filosofías, narrativas y estética cuando los pueblos padecen guerras, miseria, injusticia?

— No puede, uno, por sí solo resolver la miseria que lo circunda.

— Te falta conciencia social; dedícate a servir a los demás.

— No todos tenemos vocación de asuntos o de misioneros.

— Si tu literatura se comprometiera con la causa política del pueblo ganaría en prestigio.

—Literatura comprometida es literatura viciada, amarrada a designios utilitarios. Pensar, escribir, libres alas voladoras.

Jamás se llega al acuerdo entre el dialéctico dogmático y el artista libre. Son polos que se repelen.

Yo, Viterbo, joven noble romano, hijo del Senador Lampedarius, gozaba de grandes simpatías en la corte del Emperador. No era aficionado a las armas ni a la política, de modo que no hacía sombra a los ambiciosos. Amaba la filosofía y el teatro. Respetaba a los mayores y sabía adaptarse a las costumbres de la juventud. Veleta en mis amoríos, pasaba de una muchacha a otra como un picaflor, sin hacerles daño porque para eso están las heteras. Los grandes viñedos de mi padre y su prestigio cerca del soberano me permitían disponer de un vivir más que holgado. Mis fiestas se hicieron famosas porque yo bebía con moderación y me dedicaba a entretener y agasajar a mis invitados. Era un hombre feliz.

Hasta la mañana dichosa o infortunada en que Herminio me llevó a su casa donde conocí a la virgen Myrtis, su hermana. Una jovencita que al primer encuentro no despertó mi atención; pero conforme frecuenté la casa y la conocí mejor fui descubriendo gradualmente su fina belleza, su exquisito trato, su clara inteligencia. Me desconcertaba comprobar que ella me rehuía, sobria en la conversación, esquiva en el mirar, aunque a veces yo creía sorprender atisbos de simpatía en ella.

No hallaba oportunidad de hablar a solas con Myrtis, siempre acompañada por alguien de su numerosa familia. Insensiblemente me fui convenciendo que la muchacha debía ser mi esposa: no había otra igual, ni en encantos físicos ni en virtudes domésticas. Sus ojos verdes despedían bondad, sus palabras siempre prudentes. ¿Por qué le velaba el rostro una sonrisa melancólica? No me atrevía a confiarme a Herminio, ni quise decir a mi familia sobre mi elección. Guardé mi secreto.

Cierto día Herminio me invitaba amistoso:

— Mañana damos una fiesta de despedida en casa. Ven. Es en honor a Myrtis.

Esa noche no dormí. Amaba a Myrtis y a la sola idea de perderla mi amor se trocó en desesperación. ¿Se comprometía con otro, viajaba, estaba enferma y partiría en cura de salud?

La fiesta fue deslumbrante; muchas personas, lujo abundante. Los familiares de la joven agasajaban amablemente a los concurrentes. Yo sólo tenía ojos para admirar a Myrtis, más hechicera que nunca en su esbelta figura, recogido el moño detrás de la nunca en forma de rodete, y los adorables ojos verdes que a veces, tímidamente, se fijaban en mí. Los jóvenes la rodeaban conversaban con ella, luego hacían la clásica reverencia y eran sustituidos por otros. Ninguno queda con ella. Respiré: no había el prometido que podría romper mis ilusiones.

Cambiamos algunas frases cuando me acerqué a ella.

— Myrtis —le dije en voz baja— nunca conocí una muchacha como usted. Quisiera hablarle a solas.

Ella sonrió con tristeza limitándose a responder:

— No es posible.

Y en la ternura de su mirada yo comprendí que no le era indiferente.

Al levantar las copas para el brindis augural, el senador Levinius, padre de la joven expresaba.

—Estamos despidiendo a Myrtis, hija queridísima, que por un voto familiar mañana, cumpliendo dieciséis años, ingresará al Templo de las Vestales. Será sacerdotisa de Vesta, preservará el fuego sagrado de la diosa y celebrará los ritos arcaicos en homenaje a la protectora

de los hogares. Sólo sus padres y hermanos podrán verla cada seis meses. Hoy se despide de los amigos y del mundo.

Herminio tenía lágrimas en los ojos. “Es por culpa mía —explicó—. Cuando éramos niños enfermé gravemente y mi madre prometió a Vesta que Myrtis sería vestal si me conservaba la vida. Es mucha honra para la familia pero yo sé que ella no será feliz.”

Yo sabía que la consagración a Vesta no puede ser quebrada. Quedé anonadado. Me repuse y como los restantes amigos besé su casta frente y le estreché la mano postrera vez. Ella retuvo la vía y en su mirar tierno y triste adiviné que también me amaba.

Ya nunca volvía a verla. Sólo pude imaginarla en su consagrada castidad, bajo la túnica blanca, ceñida la cabeza adorable por el “suffibulum” que descendía hasta los hombros y se anudaba en el cuello graciosamente modelado.

Nuestro amor frustrado me condujo a maestro de filosofía. Ella alcanzó la jerarquía de “Virgo Vestalis Máxima”. Suelo pensar que ninguno de ambos fuimos felices con nuestro destino.

Escribes,cribes... ¿Por qué inventar historias si la vida te ofrece una temática variadísima, inagotable? Acaso porque inventar es recodar y recordar es revivir lo ya vivido. ¿Qué sabemos de los extraños designios que mueven mente y mano del escritor? Crear o re-recrear es lo mismo. Describir o imaginar igual. Realidad, fantasía los genios fantasmales de la inspiración. Porque ella existe no obstante las negaciones de incrédulos y suficientes.

¿Qué puede la inteligencia, por sí sola, en tiempos de turbulencia? Muy poco o casi nada. Chenier muere en la guillotina, García Lorca fusilado. Si Mirabeau se impone al iniciarse la revolución y Bonaparte al cerrarse el ciclo de violencias no es por su razón adivinatoria, sino por su ambiciosa voluntad de dominio. Hay un poder invisible que trastorna todos los planes humanos; guerra y revolución, aparentemente provocadas por la imprudencia del hombre, obedecen a causas recónditas que nunca se desentrañan del todo porque brotaron de las zonas abisales del Destino que unas veces parece someterse a los designios humanos y otras los rebasa en exceso. Claro que las circunstancias, coyunturas fortuitas, ayudan a los audaces, pero si bien se mira surgen de ángulos imprevistos, no de la decisión personal aunque ésta termina por aprovecharlas.

La frase de Disraeli “el destino es nuestra voluntad” es sólo en parte verdadera: una mitad. La otra mitad la generan el azar, los hados, la fortuna, el “fatum” de los antiguos, otros apellidos del destino. Más acertado el pensamiento de Wassermann: “El hombre está colocado a mitad de camino entre libertad y destino.”

El sabio, el varón de consejo se ven marginados cuando la irrupción de los instintos desencadenados pide acción, solamente acción. Antes y después pesan inteligencia y juicio crítico: en el curso de los hechos muy poco.

Las revoluciones se frustran o se paralizan a mitad de camino por ese menos precio de la inteligencia y ese fiar exclusivo en las fuerzas de agresión.

La ilusión de conocer supera el conocimiento mismo. “Los Discípulos de Sais”, el “Hyperion” o “Pentesilea” cuando oíste hablar de ellas sin conocerlas todavía, se te antojaban obras mas que maravillosas; así resultaron después de conocidas pero nunca en el grado ni con la intensidad que las imaginabas. A veces es saludable no llegar a conocer ciertos libros, pues sus solos nombres prometen más de lo que podrían cumplir. El deseo satisfecho es siempre inferior al deseo incumplido.

La ambición de conocimientos es lo más noble en el ser pensante, pero ¡cuidado! Cerca ronda la soberbia luciferina.

No son los rayos cósmicos los más peligrosos; esos la atmósfera los debilita y los disgrega. Son los dardos —térreos y celestes— que te penetran sin que los sientas y que transforman insensiblemente tu equilibrio bioquímico y tu placidez espiritual. Cuando chocan con las nubes

galácticas de flechas que se dispersan en tu interior, sobreviene la llamarada de las transformaciones que hace al hombre variable, distinto, incomprensible. Somos pues hijos del suelo, del cielo, de la íntima estructura que nos da vida y nos sostiene.

Todo puede ser pensado pero no todo debe ser expresado. En la capacidad de selección para comunicar lo sentido reside la sabiduría del ciudadano y del artista.

Confundes desordenadamente temas y razonamientos. ¿Qué es finalmente este libro: novela, ensayo, filosofía, crítica, divagaciones, lirismo poético, notas subjetivas, memorias? La “fantástica” novaliana lo engloba todo.

— La novela está en crisis como alegan muchos.

— No es evidente. Existen muchos buenos novelistas aunque también proliferan los autores de esperpento narrativos idiomáticos. El relato ameno, de pura distracción, es agradable, y los tenemos en todos los idiomas: pero hay una suerte de literatura culta que se inició con Proust y culmina en Herman Hesse. La novela, en ellos, se alquitara, abarca los géneros, se torna tan rica, variable, complicada, mudable como la vida misma.

— ¿Aprueba entonces a García Márquez y a Lezama Lima?

— De ninguna manera. Estos barrocos sudamericanos son producto de las modas literarias. Pasarán. Como varios premios Nobel y favoritos de la crítica contemporánea.

— ¿Y cómo explicar la vigencia de Onetti, García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa, Cortázar, Carpentier, Donoso?

La literatura intelectualizada en exceso, caja de sorpresas, acrobacia mental y estilística está en boga. Como la música electrónica, el “pop-art”, la poesía hermética y descoyuntada, la política a-moral, la economía en crisis, la sociedad en descomposición, la familia amenazada, la rebeldía sin causa de los adolescentes, el cine pornográfico, signos del tiempo.

— No puedes negar que Guimaraes Rosa Asturias y Jorge Amado son excelentes narradores.

— Son la excepción en la balumba de la novelística actual que dejará pocos nombres y libros incólumes.

— Si la literatura es la expresión de una época ¿cómo puedes renegar de ésta que nos refleja y nos expresa?

— La rechazo justamente porque ni me refleja ni me expresa. No pertenezco a la masa enloquecida de lectores que por vacío interno, por desesperación, por esnobismo o por ansia desenfadada de nuevas sensaciones cae en la a-literatura contemporánea.

— Y esta obra confusa que escribes ¿no es tan desordenada, no desorienta al lector como aquellas que censuras?

— Hay un orden mágico del desorden. Si tienes penetración analítica, verás que mi relato se eslabona por debajo del hilo narrativo. No soy oscuro, no presento enigmas, no busco desorientar ni escandalizar. Aspiro a ser un clásico aun dentro de la complejidad estructural y de las innovaciones estilísticas que a todos nos atraen.

— Censor para los otros, te absuelves a ti mismo.

— No creo ser mejor que los contemporáneos. Pero sí distinto.

El tiempo se escurre velozmente. Pasan los días como pájaros fugaces. Mas no es verdad que todo se reduzca a sueños, sombras, ilusiones. Lo eterno habita lo fugaz. Toda vida, aunque aparezca vana al que declina, ha sido, en el fondo, extensa, rica y germinativa. La proximidad del

perecer no debe hacernos renegar del grande y prolífico don de la vida. ¿El hombre un punto efímero entre dos nadas? Ficción literaria. Mas bien una línea de fuego larga, sostenida, que de la construcción terrena se ha de proyectar a la vida que nos aguarda después de la muerte.

Viejo escultor de almas: no envanecerse. Mucho de lo que hiciste pudo estar equivocado, y aquello que subestimaste resultar significante. Lo que cuenta en la intención que guió tus actos.

Tu obra creadora, en cualquier orden de actividad, puede devenir digna, útil, digna de admiración según lo determina una corta posteridad. Más por noble que ella persista poco será frente a las horas y las energías que destinaste al bienestar de los demás. Porque es mejor la ley de servicio desinteresado que el afán de engrandecimiento personal.

La naturaleza siempre serena, inmutable. El hombre turbulento, desorientado. Empero no reneguemos de nuestra especie, porque desde el Adán primordial hasta el super-ego científico de hoy, el varón terráqueo descubrió, edificó e inventó tanto que merece admiración. Ni sus locuras presentes pueden aminorar su grandeza intemporal.

La mujer tiene por fin dar la vida. El hombre, por tendencia, destruirla. En un sentido ético y social, ella siempre supera al varón.

Sucedió hace tantísimo tiempo... El emperador TI dominaba las treinta y tres naciones del continente. Mando duro el suyo, cruel, pues aplanaba montañas, canalizaba los ríos, elevaba puentes de titanio a colosales alturas, convertía el aire en energía almacenada y a fuerza de muchedumbres inmoladas construía ciudades colosales. Un día intentó erigir una torre descomunal que rompiera los cielos. Se enfureció Oceanicus, el dios sin término y sus aguas múltiples se sorbieron la Lemuria cienmilenaria. Esto determinó el último plegamiento de las cordilleras.

Nadie comprendió mejor a Platón que Walter Pater; ¿pero quien lee hoy a Platón, aparte de una minoría cada vez más reducida de personas cultas y estudiantes de filosofía? Hoy se lee a Marx, el reductor de la vida a fenómeno económico, a Kafka el diseccionador de la angustia existencial, a Sartre el voceador del fracaso de toda empresa humana. Es que ya no interesa el estudio del hombre en sus virtualidades esenciales ni en sus posibilidades de equilibrio biológico o de perfeccionamiento incesante, sino el análisis de sus desdichas, su impotencia frente al universo, la condición de soledad y desamparo en que se debate, hechos no ciertamente implacables ni constantes porque también la felicidad, el bienestar material, la reconciliación con el mundo y con el destino alternan con sus quebrantos.

Aquel que no pierda la fe, la esperanza, la confianza en sus propias fuerzas creadoras: ese salvará. También será preciso nutrirse con esa "leche de leonas" de que habló el poeta: Shakespeare, Goethe, Montaigne —hay tantos más— esos maestros de vida que nunca cesan de enseñar.

Los mejores antídotos contra los profetas del asco que reniegan del hombre y de la vida: la contemplación del paisaje alternada con la buena lectura. Digamos, por ejemplo, irse al parque con "Winkelmann o la Estética" de M. A. Barrenechea, o el "Diario de viajes de un filósofo" de Keyserling, o "La Saga de los Forsythe" de Galsworthy. Combinando la lectura con la visualización comunicativa de la naturaleza el alma joven se limpiará de las negruras del discurrir contemporáneo.

La excesiva burocracia —decir el número— está sepultado a la democracia. En Bolivia andaríamos mejor con un senado de nueve miembros, una cámara de dieciocho diputados, un Ejecutivo con diez ministros, un Consejo de Estado o Poder Moral de cinco miembros y un Consejo Económico de cinco personas. Estos 47 dignatarios se entenderían mejor y rendirían más que los 250 actuales.

No sólo para nosotros, sino para todas las caducas y pesadas democracias de tipo occidental, hay que inventar una nueva doctrina de gobierno, otra estructura funcional. La democracia clásica y el comunismo totalitario adolecen de análogos defectos. Las cooperativas

sociales podrían sustituir a los partidos políticos. El voto no debería ser universal, pues sólo el ciudadano alfabeto y responsable tiene derecho a elegir sus representantes. Y habría que inventar un mecanismo sabio y justo para que pocos se ocupen de política y la mayoría de producir. El pueblo nunca gobernó; son los grupos seleccionados de conducción los que mandan y organizan el Estado, lo mismo en las fuerzas económicas que en los sindicatos laborales. Preparar, pues a todos los aspirantes en una Escuela de Estadistas que forme líderes honestos y capaces.

Toda transformación político-social tiene que partir del hombre. Si no se saca al ciudadano de la violencia y la basura con que lo anegan los ideólogos y su propaganda deletérea, no será factible construir una sociedad mejor.

Política no es sólo mandar y organizar; es principalmente responder por ese mando y no equivocarse en el manejo de las cuestiones primordiales que afectan a las mayorías.

Todos tenemos ese amigo privilegiado, tal vez algo mayor, el que nunca molesta porque se esmera en ser amable, eficaz, pronto en el juicio, seguro en el consejo. Su conversación es manantial de sabiduría, deleite para los sentidos. Se interesa profundamente por todo cuanto hacemos, se recata al tratarse de lo suyo. Rico en cultura y en experiencias vitales, lo sabe todo; su memoria prodigiosa recompone el pasado lo mismo que perfora el presente. Por su viva inteligencia y su fina sensibilidad encanta nuestras horas. Es un hijo de las Hadas que nació para dignificar la palabra "amistad." Un gentilhomme en el siglo XX. Ni Balzac ni Proust han descrito a ese prototipo del amigo fiel, entusiasta, que sin aspirar a grandes destinos se contentó con irradiar su luz espiritual a los demás.

Un día la salud lo abandona. Los médicos no aciertan a precisar lo que tiene. Adelgaza, adelgaza, sufre dolores. Se va agotando lentamente. El cariño nos lleva a visitarlo con frecuencia, podemos comprobar, diariamente, si diario declinar. Es terrible Observar cómo se van apagando esa inteligencia clarísima, ese espíritu vibrante, esa sensibilidad siempre despierta. La mirada lúcida, locuaz —porque también los ojos tienen su propio lenguaje— se va entristeciendo, se opaca, carece del brillo de la salud y la confianza. No hablamos de su enfermedad para no aumentar su aflicción, pero él sabe perfectamente que se está extinguiendo.

Recordamos los mil incidentes de esa larga y fiel amistad. Un nudo de pena nos cierra la garganta. Tenemos que dominar la angustia ¿cómo este varón excelsitudes, impecable en el atuendo, señorial en el gesto, inimitable en el diálogo de sutileza socrática, este embajador de la cultura francesa que era, a un tiempo, el mejor cronista de la historia de la ciudad y de la sociedad andina puede ser el mismo ser enflaquecido, vacilante, semiausente ya del mundo que habitamos?

El amigo que nos se realizó en un gran destino pero que nos superaba a todos en el arte del vivir.

Desgarra en alma ver declinar a esa persona extraordinaria, al buen confidente, al amigo nobilísimo que compartió penas y alegrías, al que ponía el esmalte de sus palabras en el prosaísmo cotidiano.

Es preferible perder a un amigo en el brusco y rápido perecer y no en esta lenta agonía de la materia que arrastra tras de sí al espíritu que la habita.

Néstor: hermano mayor más que amigo. Que tu nombre y tu recuerdo vivan siempre en este libro y en la memoria de quienes disfrutamos de tu compañía. Tu personalidad indescriptible fue un regalo de los dioses. Como los antiguos filósofos no compusiste libros ni elevaste templos: te bastó la música de tus palabras y el señorío de tu conducta para encantar el transcurrir de tus amigos.

Estaré a tu lado hasta el último. Y mi consuelo es que volveremos a encontrarnos allá donde los grandes afectos reanudarán el curso de la amistad terrena interrumpida. Y hablaremos nuevamente de los grandes bonzos de la cultura gala: de Montaigne y de Nerval, de Valery y de Cocteau, de Chagall y César Frank, de Malraux y de Saint-Exupéry. Y hablaremos también del

Hoy Secular que tú conoces mejor que nadie, de la historia de sus calles, de sus templos, de sus plazas y avenidas, del origen de las grandes y las pequeñas familias, de las sabrosas anécdotas íntimas que supiste descubrir y relatar con ingenio insuperable.

Como el héroe arquetípico de la leyenda homérica cuyo nombre llevas, quedarás siempre como el conciliador, el de palabra persuasiva y suave como la miel. El entusiasta encantador.

El mundo actual, rebosante de charlatanes, inmorales e irresponsables requiere un nuevo Licurgo y una sociedad severa como aquella de la primitiva Laconia cuando la juventud se formaba en el deber, en el honor, en la disciplina, en el propio perfeccionamiento, renunciando a los excesos del placer en beneficio de una vida vigorosa y saludable.

— ¿Qué pueden interesarnos tus reflexiones filosóficas y moralizantes, tus disquisiciones estéticas, tus fantasías líricas, ni esta suerte de novela-ensayo que carece de una trama lineal y de personajes bien delineados?

— No busco interesar; me basta ser leído por algunos.

— Quien no llega a grandes públicos elude la función social del escritor.

— Función social equivale, hoy, a compromiso político. El artista —todo escritor de vocación lo es en alto grado— no tiene misión más elevada que la de comunicar ideas de acuerdo a su conciencia, es decir en plena libertad de acción, despojándose de consignas partidistas.

— La novela tiene que expresar la vida. ¿Por qué te niegas a reflexionar como es: sucia, angustiada, negadora de todo valor, escandalosa, desorbitada, descoyuntada en su estructura y en su estilo, habitada por seres desesperados, vacilantes?

— Existen seres y pueblos que sufren, sin duda, pero la humanidad aun en medio a los peligros y miserias que la orden, considerada en su generalidad viviente, no es tan desdichada. Todavía subsisten personas de espiritualidad activa que lo mismo en el bienestar o en los quebrantos conservan intacta su fe en Dios, en el Bien, en la Belleza.

— Escribes para los “elegidos”...

— No creo en los elegidos que muchas veces sólo son filisteos enmascarados. Escribo para quienes creen en la hermosura de la vida a pesar de sus trances conflictivos y de las miserias que nos circundan. Para los afirmadores de la condición humana que nos eleva sobre la ferocidad desatada que actualmente oprime al hombre y al escritor.

— ¿Y qué estilo es el tuyo, más ensayo que novela, donde más se reflexiona que se narra sucesos?

— El estilo o la manera de contar las cosas de un escritor no obedece a una tendencia preconcebida: brota del relato mismo, espontánea y libremente. La crítica contemporánea, tan esnobística como miope, sólo guía por apariencias formales, mas día llegará en que alguien, más perspicaz que los contemporáneos, descubrirá el orden mágico del desorden en que mezclo el pensar filosófico-crítico con la narración-poética. Me considero discípulo de Novalis y de Schelling, en la temática y en la estilística.

— ¿Quiénes fueron Schelling y Novalis?

— Un gran filósofo y un poeta visionario.

— Yo sólo conozco en filosofía a Sartre, el formidable dialéctico del existencialismo, y en poesía a Neruda, el vate revolucionario y panfletario.

— ¿Para qué seguir discutiendo? Si nuestros gustos divergen con mayor razón los puntos de partida éticos y las metas estéticas. Creo en el orden metafísico del mundo visible que opera sobre fuerzas encontradas y en la invisible armonía de un Más Allá que nos espera. Mi escritura,

por modesta que sea, aspira a expresar la doble maravilla de ambas esferas a través de la conciencia razonadora del hombre que soy.

— Pretendes elevarte muy alto...

— Sin esa aspiración hacia lo alto que simboliza el afán de perfeccionamiento individual, dejaríamos de honrar la condición humana.

— Decididamente: eres un iluso extraviado en el torrente del pensar moderno, que es combativo, revolucionario, enérgico, cargado de máculas tensiones, de ímpetus de mudanza que todo lo niegan para volver a transformarlo todo.

— Prefiero vivir en la ilusión de un mundo ideal, brotado de la interioridad espiritual, antes que sumirse en el pantano de la promiscuidad contemporánea.

Verdad que el pueblo no manda ni podría mandar, pero a veces demuestra más sentido común y más nobleza de alma que muchos de sus líderes. El veredicto sociológico atribuye a las masas, cuando no a los líderes medios la causa de la crisis político-social que sacude a la sociedad moderna. Andan errados: el desbarajuste y la decadencia provienen de las élites conductoras. Son los hombres de formación cultural superior —estadistas y banqueros, políticos e intelectuales, técnicos y artistas, legisladores y militares, humanista y profesionales, ejecutivos de empresas y conductores de opinión— los que fallan, los que con raras excepciones se demuestran impotentes para influir con su conducta en la nueva ordenación social que el mundo requiere.

Bien que en el plano del pensamiento sigamos estudiando a Platón y al Estagirita, pero políticamente no pueden ya regirnos las leyes de Licurgo ni el Código Napoleón. El mundo necesita, de toda urgencia, cambios fundamentales de estructura y de forma, un nuevo tipo de sociedad que se aleje por igual del totalitarismo comunista y de la acumulación excesiva de riqueza del sistema capitalista. Ni gobiernos despóticos ni Parlamentos verbalistas. Ni anarquía sindical ni privilegios plutocráticos. Que pocos se ocupen de política y muchos produzcan, a la inversa de lo que hoy ocurre en que demasiados politiquen y pocos trabajan independientemente. Las reformas constitucionales, ligeros parches a la caduca vestidura jurídica, no responden ya a la honda necesidad de mudanza social y económica. La transformación político-social tiene que realizarse en plenitud, en totalidad circular: un nuevo mundo institucional para una nueva sociedad. ¿Quién será el segundo Bolívar que acometa la empresa titánica y sublime de la nueva emancipación americana?

El intelectual puede dar las pautas teóricas, pero la ciencia complicada del gobierno corresponde al político, al estadista, es decir al conductor habituado al manejo de hombre y problemas. Y cosa extraña; no siempre el personaje más probo ni el más inteligente resulta el mejor gobernante, siendo superado por lo general por el varón de sentido práctico que comprende las grandes contradicciones y la capacidad de maniobra de la política. La línea sinuosa de conducta que se adapta a las circunstancias deviene mejor que la línea recta del moralista. Es triste comprobarlo, pero es así; con excepciones es más acertado el gobernante político que el mandatario intelectual.

En la antigüedad gobernar era responder por el mando. En la actualidad sólo interesa el usufructo del poder.

Padecemos una crisis de hombres de conducción.

Esa estrellita lejana que al anochecer telegrafía mensajes misteriosos: para el astrónomo sólo un astro más entre billones, para el poeta un alma o su manifestación visible. ¿Qué sabemos en realidad de la inmensidad sideral? Llegar a la Luna fue sólo un paso diminuto que apenas roza el linde enigma; y ella está muy cerca, hasta se le puede ver la cara. Pero la estrellita distante que se presenta con admirable regularidad es como un libro de mil páginas que te revela viejas y nuevas verdades.

Si otra persona se aproxima a contemplarla al punto cambia de presencia: vuelve a esconderse en una chispa de oro que fulgura a los lejos... Si queda a solas con ella, recupera su

imagen móvil y reanuda el diálogo interrumpido. Porque la estrellita habla en lengua que sólo tu y ella entienden.

El astro amigo te devuelve tu alma de niño: ¿qué hay detrás de las montañas, qué murmura el viento, qué ser escondido impulsa los guiños de la estrella?

Es algo tan simple y tan grandioso a un tiempo mismo: el hombre y el astro comunicando palabras que sólo el corazón comprende. No las predicciones del astrólogo en las cuales ya nadie cree porque es semiciencia humana pretendiendo dominar el cosmos celeste, sino una suerte de magia viva que conecte mente y universo y les concede ese toque final de ternura que unimisma lo infinitamente distante con lo ínfimo pensante.

Pudiera ser que en tu dolorosa soledad te hubieras enamorado de la estrellita. Podría ser, también, que ella te ame y te esté buscando. Por eso conciertan en familiar encuentro tu mirar ansioso y su parpadear sugestivo. El animismo trascendental de los mitos platónicos brilla en todo su esplendor: todo tiene un alma y las almas cómicas comunican con las almas individuales. ¿Qué importa que el sabio y el materialista se sonrían? Tú sabes que esa imagen móvil del mundo visible conduce al umbral del invisible mundo que un día franquearas.

También la inmensidad está habitada y la estrella elegida es la portadora de sus múltiples enigmas. Eros debió nacer de una lluvia de estrellas. Y la tuya, la muy buscada, la siempre enamorada de tus ojos viajeros, es en verdad la imagen ritual que te devuelve a la cercanía de la Nunca Olvidada y Altísima Señora de las Indescriptibles Armonías.

Esa estrellita que fulgura en la distancia: apaciguadora de tristezas. Dulce confidente del soñador y del desventurado.

Pero podría ser, también, el punto referencial, la clave del universo. Como es el astro es todo el sistema sidéreo; y el hombre mismo ¿no es una estrella en combustión? Fue colocada allí, distante y próxima a la vez, colgada en el telón del cielo para recordarte que si un silencio gnóstico cubre el infinito cósmico, ese puntito de oro, de fulgores verdiazulados, levanta un trocito del velo del misterio y te deja presentir la grandiosa armonía de lo eterno.

La estrella favorita deviene, así, mensajero de dicha y a un tiempo acicate del pensar. En la soledad nocturna puedes reanudar coloquio con ella: nunca serás defraudado. Porque el astro lejano está, ahí, para inquietarse con sus vibraciones lumíneas, chispa áurea y móvil que comunica lo visible con lo invisible.

Ni siquiera te importa su nombre. Basta su presencia. Y el mundo siempre renovado de sugerencias que su parpadeo suscita.

Vinieron Tamayo, Delhez, Campero, Barrientos, Busch, Montes, Saavedra, Muzzio Sáenz Peña, Villamil de Rada, Jaimes Freyre, Mendoza, Abaroa, Murillo, mi padre, Bolívar, Sucre, Guachalla, Palacios, Prudencio, unos que me formaron, y más otros que yo re-modelé con mi pluma.

Escuché ese coloquio de gigantes. Recordé sus enseñanzas. Los sentí departir en la Academia Andina, para mí tan cierta y augusta como la platónica porque brotó de mis libros y expresa mi propia vida. Intervine en sus discusiones y en sus juicios.

— Eres de los nuestros —dijo el Padre Bolívar. Luchaste padeciste, tuviste el ideal por norma y la acción por escuelas diaria. Tus libros quedarán.

— Y mi conducta ¿cómo la juzgáis? — pregunté.

Entonces Tamayo, el gran descontento, ciertamente la cabeza mayor aunque no el alma superior expresó desdeñoso:

— Demasiado temprano para juzgar conductas próximas. La posteridad es siempre más justa que los contemporáneos.

Luego, ya más sereno, añadía:

— Tu “Hechicero” me exaltó en exceso. No olvido tus frases engastadas en el entusiasmo: “Tamayande” el “Fausto Aimará”, el “Goethe Andino”. Yo te devolví injurias y palabras injustas. Las retiro. Si se suprimieran algunos conceptos que juzgo errados o innecesarios, tu Retrato al Modo Fantástico es Bolivia y soy yo.

Muzzio Sáenz Peña, el sutil introductor a los misterios de oriente, manifestó bondadoso:

— Te estamos esperando. También tu sembraste en nosotros. Reanudaremos diálogos cuando en la madrugada creías ver la poesía de Attar y de Khayyan tiñendo de rosa las cúpulas de Buenos Aires. Todos los espíritus ayer maestros de volverán hermanos tuyos cuando volvamos a reunirnos. Te esperamos.

Delhez, Campero, Barrientos me abrazaban agradecidos.

Y al cerrar el hermoso reencuentro de las almas, mi padre con sus ojos verdes de vívido entusiasmo, su sonrisa cautivante, y su palabra persuasiva dio el toque final:

— Has honrado nuestro nombre. Por encima de obra y renombre, celebro la entereza con que afrontas las penas y adversidades del tiempo crepuscular. Los señores Diez de Medina luchan contra el Destino pero se someten a los designios del Señor.

La mejor novela no superaría en dinamismo, variedad y amenidad a nuestra historia. ¡Qué tipos humanos, qué sucesos, qué contrastes! Y qué persistencia en el error y en la desventura. Se diría que los hombres hacemos todo lo posible por destruir este país y cuando estamos a punto de naufragar por obra de nuestros desatinos, Dios nos tiende la mano y nos salva. Esto ha sucedido cien veces; acaso suceda cien más. Todo se presenta adverso pero el destino insiste en que subsistamos a pesar de nuestra miopía y de la trágica división interior.

En materia política no fueron mejores los griegos cuyas ciudades-estados jamás llegaron a la gran unidad nacional porque se despedazaban entre recíprocos celos, envidias y recelos. Todo cuanto explicaron filósofos, poetas, historiadores, fue sólo creación del pensamiento. Helenos, bolivianos acaso los más incapaces para lograr la unidad y asegurar su propio bienestar.

La más difícil de las ciencias: la ciencia de gobernar. Pero ocurre que pocos la entienden en su grave majestad y en su compleja responsabilidad. Todos luchan por la captura del poder cosa muy distinta del arte de gobernar.

Y éste es el mal de América del Sur: no se preparan los políticos para mandar, organizar y responder por esa conducción, sino para escalar y usufructuar los goces del poder.

Todavía no se distingue bien la diferencia entre el hombre de Estado y el líder político. Para que se dé un gran conductor de jerarquía histórica y creadora, tenemos que soportar antes a diez caciquillos. Es, también, la historia del mundo. Sobre la selva de malvados y mediocres se yergue la “sequía” del gobernante arquetipal.

¿Qué es, hoy, lo más importante: los hechos del mundo, los rasgos de las personas, las chispas de la fantasía? Todos tres. Por eso la novela que los expresa ha evolucionado de la simple narrativa al flujo analítico, a la complicación psicológica, a los toques imaginativos. Relatos existen, de simple exposición lineal que dicen poco o nada; otros, en cambio, en medio a su aparente fragmentariedad y no-relación de entre párrafos sugieren mucho. Sucede, así, que la novela-ensayo manifiesta mejor la vida que muchas novelas puramente narrativas.

Absurdo que el novelar esté en crisis. Tenemos, ahora, narradores tan excelentes como los de cualquier tiempo: lo que ocurre es que para encontrar un buen novelista se debe devorar diez mediocres. La comercialización del libro en gran escala, y esas dos corrientes torrenciales del relato policiaco y de la ciencia-ficción, han aminorado en general la jerarquía del buen relato novelesco.

Un amigo me confiaba: “si yo pusiera en novela (y escribía admirablemente) todo lo que pasa en mi familia, viejos y jóvenes, padres, suegros, hermanos, cuñados, hijos, tíos, compondría un relato novelesco superior a los mejores de Tolstoi, Balzac o Dostoiewski; pero debo respetar sus personalidades. Así las mejores novelas son las que no pueden ni deben escribirse.”

Si la novela es el espejo de la vida todo debiera ser descrito. En principio. Pero hay novelas que son verdaderas aberraciones del pensamiento y del gusto. De pronto tropiezas con “El Retrato en un Espejo” de Charles Morgan y piensas: “mientras se escriba así la novela será reina en la narrativa.”

Sintiendo que el cuerpo carece de la elasticidad juvenil y el ánimo de la audacia pasada, añoras el tiempo en que nada parecía detenerte porque mundo y acción de pertenecían. Y has recordado el día aquel de la famosa hazaña que nadie quiso creer pero que bastándote saber que fue verdadera te encumbró sobre tus amigos.

Vagabundeabas por el bosque cuando sentiste el rumor de un galope de caballos. Bruscamente, saliendo de un arbolar por el ancho camino una pareja de corceles desbocados se te echaba encima. Cualquiera otro se habría arrojado a un lado del camino dejando pasar a los enloquecidos animales. Pero tú eras, entonces, fuerte, agilísimo, valiente. Calculaste tiempo y espacio con gran precisión y cuando coche y caballos estaban a punto de arrollarte, de un salto prodigioso te encaramaste sobre la lanza que unía a los corceles. No había cochero en el pescante. Pasando del lomo de los animales a la lanza alcanzaste el pescante, tomaste las riendas y con grandes esfuerzos redujiste a las bestias salvando la vida del anciano caballero que pálido y trémulo te obsequió un reloj de oro agregando:

— Guárdalo en recuerdo mío y ven cuando quieras al Palacio. Serás recompensado.

Era el Rey. Pero nadie había visto jamás al rey paseando por el bosque. Y yo nunca fui al Palacio. Ahora rodeado de hijos y de nietos pienso que pude ser grande y poderoso. Pero habría perdido mi libertad y prefiero pensar que, hombre sin dueño, fuí amo de mi destino y de mis días, ágil y fuerte como el dios de la juventud. Yo, Tomás el guardabosque, señor de las plantas y los árboles.

En todo crítico se anida un resentido — afirma Van Der Weyde. Por lo general — aunque haya honrosas excepciones — crítico es el que no pudo llegar a escritor; y en los países subdesarrollados de incipiente actividad cultural la crítica se ejerce partiendo de ese sentimiento básico de insatisfacción personal. Así se explica el silencio con que se acoge la obra superior de forma y contenido, exaltando, en contraste, las creaciones mediocres o secundarias. Es que el resentimiento del juzgador es tal, que lo excelente lo ofusca, le produce despecho y envidia, en tanto que lo inferior se nivela con su propia medianía.

Particularmente en nuestro tiempo cuando la política y el fermento “compromiso social” encadenan la libertad de juicio, el crítico es un menguado servidor de las masas a las cuales adula en los términos más lisonjeros. Les presenta libros vulgares, que reflejan su vida triste y oscura, personajes semifracasados, episodios sórdidos, escandalosos. No importa que el estilo sea detestable; para el moderno juzgador lo que vale es superar el naturalismo zolesco y las negaciones sartreanas: reflejar el aspecto negro de la vida y de las gentes.

Al amigo italiano que se quejaba del olvido deliberado en que lo confinaba la crítica de su país, cuando él tenía conciencia de ser superior a Quasimodo Moravia, Silone, y Montale, le dije:

— ¿Por qué hacer caso de los contemporáneos? El gusto está subvertido. Los ánimos temen a la “izquierda”. La crítica es más politiquera que los políticos. Los talentos se venden al mejor postor. Escritores y críticos obedecen las leyes del comercio libresco. No te amargues: hay una posteridad para los postergados.

Iba de castillo en castillo, cediendo mis canciones por un plato de comida, a veces por algo de ropa. Los amos, por lo general guerreros poderosos, me miraban desdeñosos pero las castellanas y los niños acogían con júbilo las notas de mi laúd y las palabras que vertían mis labios.

Eran tiempos de paz. Cuando llegué al feudo del señor de Schwanstein, quedé asombrado: surgiendo de un espeso bosque de altas copas surgía un castillo blanco de torres empinadas y varios pisos, el más hermoso que jamás vieran mis ojos, poblado de almenas, pináculos, terrazas, patios. Desde la colina más elevada desde la cual lo divisé, sentí que una extraña sensación de alegría y de temor invadía mi pecho. ¿Qué sería?

Una vieja campesina me advirtió:

— Ten cuidado. Los trovadores que entran al castillo blanco no recuperan su libertad. A unos se los lleva el Señor a la guerra, otros desaparecen misteriosamente.

Pero el castillo de Schwanstein me atraía como un imán y hacia él encaminé mis pasos.

La hospitalidad a los trovadores nunca fue violada. El Señor de la comarca ordenó mi ingreso al recinto con la misma displicencia que habría dejado pasar a un perro; probablemente yo era, para él, un vagabundo indigno de engrosar sus mesnadas de fuertes labriegos.

La estupenda y caprichosa arquitectura del castillo blanco me dejó pasmado. No eran los muros ciclópeos ni las torres altísimas de otros castillos que apesadumbraban el alma, sino una construcción maravillosa en planos simultáneos de techos, ventanas, patios explanados, torres y torrecillas, escaleras y templetos, todo tan graciosamente entabado que daba la sensación de un cuento de hadas. Y los profundos arboles que circundaban el castillo parecían resguardarlo de los vientos y de las agresiones de los hombres. Pensé qué dichosos serían sus habitantes.

Esa noche se me invitó a decir mis canciones. Naturalmente no podía sentarme a la mesa con los nobles: de pie debía ganar mi comida encantando los oídos de los comensales. Terminado el yantar de los señores, el Amo diría si merecía la comida completa o sólo un plato en relación a la excelencia de mis trovas.

La mesa era larga y se alineaba en sus dos flancos unas sesenta personas. Yo, junto a la cabecera, podía ver bien al Señor y a la Castellana. ¡Dios Mío! ¡Qué hermosa era... Mucho más joven que el Señor, fina, espigada, sus ojos oscuros se me antojaron más bellos que mis mejores poemas.

Mi primera canción jamás inadvertida, no estaba bien elegida. La segunda, mi favorita, una que sobrecogía los corazones sensibles, conmovió a los circunstantes. El Amo no pudo disimular el fugaz rayo de asombro que cruzó su rudo semblante. La castellana giró la cabeza y me miró con simpatía. La canción era tan tierna, la música tan emotiva que creí ver lágrimas en sus límpidos ojos.

A la tercera canción ya me miraban los comensales con interés. El Amo, despreocupado, seguía engullendo las viandas que le exigía su vigorosa constitución física. Los comensales conversaban o reían en voz baja lo que significaba el mejor homenaje al trovador.

Nunca supe cómo se llamaba la castellana pues apenas permanecí tres días en el Castillo Blanco, pero una mirada furtiva que cruzamos durante la cena en la primera noche, me reveló mis canciones tocaron su corazón. El amor prendió en mi alma como una llamarada. Tampoco supe si ella admiraba solamente al trovador o si más allá de mis canciones algo personal atrajo su interés.

Locos somos los trovadores, ciertamente, siempre soñando que una lata dama o una tierna doncella piensan en nosotros...

El segundo día no ví a la castellana porque no fui llamado a la sala ni al comedor y es sabido que un pobre juglar no puede presentarse a los amos sino cuando es solicitado. Pero al siguiente día llegaron invitados al castillo y fui llamado al banquete matutino que casi diría empalmó con la cena pues los comensales sólo se levantaban de la mesa para danzar, conversar en parejas, y volvían a sentarse en torno a la gran mesa rectangular de caoba.

Cantaba sólo cuando ellos lo pedían. Observé que como lo hacían todos la castellana me miraba con insistencia. El Amo semi-embriagado cortejaba a una dama opulenta prescindiendo de su esposa.

Después de una corta ausencia ella volvió con un vestido más fascinador y al ingresar a la estancia me miró hondamente. Me estremecí: ¿era coquetería femenil o era por mí que cambió de vestidura?

Conforme avanzaban las horas los comensales ahítos de comer y beber dormían algunos, otros tenían la mirada extraviada y hablaban poco. La castellana se mantenía fresca y vivaz. Pude contemplarla a mis anchas y captar de vez en cuando sus miradas furtivas. Advertí que se aproximaba el fin de la jornada y me disponía a retirarme discretamente cuando escuché la voz melodiosa de la dama del Castillo Blanco:

— Trovador: déjanos oír esa canción tan triste y tan bella que escuchamos el día de tu llegada.

Mi corazón latió jubiloso. Ella pensaba en mí, se acordaba, los ojos oscuros suplicaban más que ordenar y su mirar era tierno y medroso a un tiempo.

Canté mi canción favorita como nunca podría volverla a entonar. Le dije mi amor, mi pena, la dicha fugaz de estar junto a ella, la angustia de tener que alejarme sin poder confesarle mi amor.

Los pocos comensales todavía despiertos no prestaban mayor atención. Fue como un diálogo entre la castellana y el trovador. Al terminar ella tenía los ojos anegados en lágrimas y yo me sentía roto como si un guantelete de hierro me hubiese golpeado duramente. Sabía que era la despedida y nada podía impedirlo. Ella se aproximó, me tomó de la mano y dijo simplemente: "Gracias". Pero los ojos dijeron tantas cosas bellas que las guardo para siempre en mi alma.

Y esta es la razón por la cual aunque conocí muchas damas hermosas y muchas doncellas encantadoras, yo el trovador Gualterio jamás volví a enamorarme porque la joven del Castillo Blanco me robó el corazón.

He renunciado a componer una gran novela sobre los hechos verídicos ocurridos la primera quincena de noviembre de 1979. ¿Una revolución a la boliviana no es el tema más dramático, el más increíble, por sus peripecias y la inconducta de sus protagonistas? Si: sería un relato sensacional porque conozco a casi todo los principales protagonistas, el medio social, el escenario de fondo, las motivaciones de los bandos en pugna.

Sin exagerar: sería más emocionante que una novela de Hailey pues brinda todos los ingredientes de lo inaudito y lo tremendamente dinámico. Pero hay tanta miseria humana en todo lo acontecido, que tendría que hablar horrores de los personajes, descubrir en carne viva la miseria humana que nos rodea, aunque no falten tampoco los rasgos de coraje, de nobleza que brillan como estrellas en la noche sombría de la política nacional.

Si perteneciera al "boom" latinoamericano, relator e inventor de escándalos y de horrores, podría hacerlo, ganando fama y dinero. Soy de otro linaje de escritores: renuncio al éxito pasajero y pongo a salvo mi conciencia y la dignidad de mi patria. Porque lo sucedido es trágico, vergonzoso y nadie tiene el derecho de jugar ni de juzgar las desgracias de su pueblo. No obstante reitero:

novela alguna superaría en fuerza emotiva ni en intensidad dramática a todo lo visto y oído en estos quince días.

La política como ideal, como teoría, es algo digno y elevado. En los hechos nada más vil, más sucio, más degradante. Y la ambición de poder envilece a los mejores y saca a flote a los peores. ¡Pobre del espíritu superior extraviado en el laberinto de la política! Sin embargo hay que conocerla de cerca, hay que habitarla, porque en el aprendizaje de la hombría el descenso a los infiernos es trance inevitable. Se confunde la ciencia de gobernar con la técnica del asalto al poder donde se oscurecen las cabezas más preclaras.

Unos barcos de vela se perdían lentamente entre las nubes. Surgían torres altísimas de púrpura y de gualda. Las montañas palpitaban en un jadeo de gigantes. Las líneas del paisaje se quebraban y renacían dando paso a visiones sucesivas de nuevos escenarios. De los altos arbolares descendían unas escalas invisibles portadoras de seres enigmáticos e incorpóreos. Las piedras se transmitían por el duro suelo mensajes de ansiedad. Y en ese instante de transmutaciones inesperadas el Monje Azul desprendido del Libro del Sueño trazó un triángulo de música en el aire y así, suspendido en la geométrica figura acústica, jugaba con las formas, las líneas, los ritmos del paisaje.

El mundo real, antes siempre imperturbable, adquirió una movilidad prodigiosa: todo se desintegraba, se recomponía y se fundía en planos inéditos de cambiante actividad. Era como asistir al nacimiento de los mundos, porque detrás de la escena circundante inmediata se adivinaba otras transformaciones colosales que pugnaban por avanzar a primer plano, retenidas sin embargo por finas cortinas de bruma.

Dos espigas de luz brotaron de las manos del Monje Azul: una apuntaba al naciente, otra al poniente. La primera atrajo un galope salvaje de caballos de fuertes remos y crines encrespadas; la segunda produjo unas surgentes de agua que se elevaba a desmesuradas altitudes. Y las muchedumbres dolientes desfilaron conducidas por fríos conductores inexorables que las aproximaban al Abismo.

Y dijo al Monje Azul: “no sigas mirando, perderás el juicio.” Y espantado cerré los ojos, la escena se desvaneció. Mas sigo viendo al personaje escapado del Libro del Sueño en su triángulo de música suspendido en el aire, mientras los mundos se suceden amenazadores.

Porque está escrito: a unos fue donado transcurrir tranquilos en la reducida dimensión de su órbita habitual; y a otros traspasar las fronteras de la simultaneidad multiplana que descubre el enlazamiento de los tiempos. Eso que lo mismo puede precipitarte al abismo como elevarte al plano serenísimo del Loto Inefable. Si no te pierdes en el vértigo de las visiones múltiples, el Monje Azul podrá guiarte. Mas será preciso cumplir las etapas eslabonadas del camino esotérico que pocos recorrieron sin perder la razón. Y muchas veces escucharás la voz advertidora:

— No sigas mirando, perderás el juicio.

Porque el ojo que mira es el creador oculto, pero también el ofuscador de la mente. Y si tomas de lo invisible la fuerza peligrosa que agita y multiplica lo visible, estarás expuesto a extraviarte en el laberinto de la imágenes que devoró a quienes por ambición desapoderada de saber y conocer perdieron el sentido de realidad, esa clave sencilla y sutilísima que nos mantiene indemnes en el infinito desencadenamiento de las cosas.

Y aprendí algo más de Monje Azul que te lo transmito porque no deseo tu derrota: modera tus deseos, no excites a límites frenéticos ni el pensar ni la fantasía, corceles que deben ser domados. No quieras forjar formas de la nada. Ni aspiremos a lo insólito. No violes la sagrada condición del Tiempo. Respeta las leyes del infinito espacio ignorado y muévete en el espacio reducido que te fue concedido. Acuérdate de Hölderlin y de Nietzsche: no basta ser puros ni fuertes, en el recinto interior. Inclínate mente soberbia: el Misterio es la ley del Universo.

Dos Arcángeles de la poesía profética: el Hombre de Patmos y el Ruiseñor del Neckar. El verbo joánico se apodera del fuego y de las sombras, presiente futuros espantables, rasga los tiempos con relámpagos ardientes. Hölderlin traza el mundo apolíneo en sus versos. Buscar la

pureza, el juego sagrado de las imágenes, la elevación del alma que sueña y re-crea. A San Juan hay que leerlo y releerlo muchas veces: su lengua hermética se entrega difícilmente. El poeta alemán es claro, nítido como la luz del día, enseña y conmueve desde el primer acorde. El Hombre de Patmos, oscuro, sibilino, es el mayor visionario de la historia. El Ruiseñor del Neckarmonioso, dolorido, es el más fino alfarero de la lírica romántica; sólo que más que en sus poemas líricos hay que encontrarlo en el "Hyperion" y en el "Empédocles", sus obras mayores. En Juan los enigmas del destino sobre el fondo sombrío del universo. En Hölderlin la belleza extática y la nostalgia del mundo helénico poblado de dioses y de héroes.

Novalis, Kleist, Hölderlin esa trinidad inigualada de la poesía germana sigue acompañándome desde la encendida juventud hasta la pausada madurez sin haber declinado un punto. Son los taumaturgos que un dios desconocido me envió para iniciarme en la belleza misteriosa de la alta literatura, esa que se escribe con sangre y se transmuta en revelación.

¿Cómo podrían entenderlo los prosaicos y obtusos? Ella, la que se fue, en verdad nunca partió: sigue rigiendo esta vida y esta casa donde fue reina y señora. No envidio a Sha-Jahan, a Schelling, ni a Hölderlin: amé más hondo que ellos y tuve por musa y amada a María, la Siempre Novia, más hermosa, más fina y más noble que Mummtaz, Karoline y Diotima.

No es difícil aprender la técnica del novelista contemporáneo que escribe para la masa lectora. Describir cosas reales, personajes verídicos, mover muchas figuras en planos simultáneos sobre un fondo dinámico de sucesos conocidos o fácilmente presumibles. Unos toques de dramatismo, otros de exhibición erótica. Combinar el "suspense" del relato policial con el tremendismo de lo espantable que mantiene en vilo el corazón del lector. Así nacieron "Aeropuerto", "Tiburón", "El Robo del Transatlántico", "El Premio Nobel" éxitos fulminantes de librería. Y tantos otros. Es posible imitarlos pero sería una vergonzosa concesión al gusto en boga, y habría tanta miseria y dolor que expresar... Las amenas novelas de nuestro tiempo están saturadas de angustia: reflejan la desesperación de una sociedad que se disgrega. Preferible volver al relato subjetiva: el mundo como uno lo ve, lo siente y lo expresa, no como quisieran obligarnos a verlo y sentirlo los perversos lectores de nuestro tiempo.

Autor presuroso de fama y recompensas, autor que pasará. Aunque también existe una posteridad de las medianías alimentada por el gran público que busca novedad, excitación, relatos entretenidos.

Una llamada telefónica lo dejó perplejo. Ni le preguntó su nombre siquiera. Con voz entrecortada por los sollozos dijo:

— ¡Cómo pudiste hacerme eso... con mi propia hermana... eres un monstruo...! ¡te odio, te odio, oh cómo te odio!... Desgraciado, desgraciado, quisiera que te mueras hoy mismo... ¿Pero has pensado el mal que causaste a todos? Mis padres están espantados... Mónica y yo distanciadas para siempre... ¡Eres un infame, un infame!...si tuviera una pistola te mataría, te mataría...! Cobarde, intrigante, el más vil de los hombres que he conocido.

El hombre escuchaba confundido. Se trataba de una equivocación, no tenía cuentas pendientes con mujer alguna. Posiblemente la dama o joven que hablaba entre sollozos equivocó la llamada. Sería muy fácil hacerle notar su error pero la voz tan agradable a pesar de la furia y los gemidos que prefirió seguir oyendo antes de desarmar a la enfurecida.

Después de un corto tiempo más atinó a decir:

— Escuche: yo no...

La voz indignada de la mujer lo interrumpió:

— ¡Cállate! No quiero oír más tu odiosa voz... ¡Nunca más! Eres un miserable traidor... Me juraste no revelarlo jamás y lo primero que hiciste fue divulgarlo... ¡Miserable!... Has jugado con mi honra... ¿Cómo podría justificarme ante los míos?... ¡Canalla, canalla...!

— Pero si yo... atinó a defenderse el inculpado sin culpa — y nuevamente fue cortado por la quejumbrosa:

— ¡Lo dijiste lo dijiste! Porque sólo tú lo sabías, sólo tu, el infame que se burló de mi confianza... (Con largo sollozo) ¿Cómo pude fiarme de ti...? Eres un vil, un cobarde, un cobarde... ¡Maldito seas, maldito! No intentes negarlo porque no te creeré una palabra... Decirle a mi hermana que me besaste y que yo correspondí tu beso... ¡Estoy deshonrada para siempre...!

El hombre escuchaba estuvo a punto de soltar una carcajada; valiente enredo: una jovencita romántica —¿catorce, quince años?— probablemente lectora de novelones sentimentales, se sentía mancillada en su honor y jugaba a la gran actriz. ¡Qué papelón ¿Cómo podría tomar en serio a la cuitada?

Le dio pena no la comedieta telefónica representada por la muchacha, sino la sinceridad de su dolor. ¿Para qué desengañarla? Saber que había hablado en vano le dolería más que la supuesta ofensa. Y sereno, apiadado, el hombre del número equivocado colgó el teléfono.

Plotino pensaba que el mundo espiritual está constituido primero por lo UNO, principio superior a todo; luego los dioses; después las almas selectas; y finalmente los seres corrientes. Distingue así, claramente, a Dios, el ser inmanente y trascendente que nadie puede expresar, anterior a toda creación humana, y los dioses fabricados por pueblos y religiones de la antigüedad para satisfacer el anhelo innato en el hombre de personificar el destino y las fuerzas externas que guían su andadura.

Esta sutil distinción entre un Dios eterno. Increado, inexplicable por la razón, y la muchedumbre de los dioses menores imaginados por la mente humana no existe en ningún otro pensador. Acaso porque comprendía que si el Misterio es insoluble en cuanto se refiere a la Deidad Suprema, los hombres acuden a su fantasía para imaginar las deidades secundarias, forzosamente antropomórficas, que pueden ser captadas por su inteligencia y que son las que mejor lo aproximan al gran enigma de la naturaleza y de la divinidad.

Este Plotino, acaso el mejor tratadista del alma, podría ser llamado, a veces, como Heráclito, el Oscuro pues dice cosas incomprensibles. Habla, por ejemplo, de los “demonios bienaventurados”, dos conceptos absolutamente antitéticos.

Y en la Sexta Ennéada, tratado octavo, la referirse a lo Uno Supremo o el Dios Verdadero, traza esta figura poética y bellísima: “Cómo el centro sin ser radios ni el círculo, es, sin embargo, padre del círculo y de los radios (puesto que da vestigios de su naturaleza y, en virtud de una potencia inmanente, engendra con fuerza propia el círculo y los radios que no se separan de él), del mismo modo lo UNO es el arquetipo de la potencia intelectual que se mueve en torno a él y que es su imagen.”

Luego, al afirmar “la materia rodea a la idea por todas parte” abre un punto conflictivo que nadie ha esclarecido todavía.

Este Plotino, tan diestro razonador como su maestro Platón y tan fino intuitivo como su lejanísimo discípulo Schelling, es un sol preclaro en la historia de la filosofía, siempre lejano, siempre misterioso y sin embargo próximo y transparente a la vez.

Austero, rayando en lo místico, el Hombre de Licópolis es una figura venerable. Y sus tratados filosóficos que reunió su discípulo Porfirio no son ciertamente, de fácil lectura, pero cuando se ha rasgado el velo de su aparente oscuridad se comprende que el neoplatonismo es una lámpara inextinguible en el largo discurrir del pensar occidental.

Volviendo al tiempo actual, al desaparecer el Maestro del Ande, comentaron:

— Siempre tuvo su ideal puesto en una estrella lejana.

— Era impetuoso para la acción como el mar.

— Y sereno con fortaleza de montaña en el pensamiento.

Me limité a expresar:

— Su recuerdo y su obra podemos inscribirlos en el triángulo perfecto del hermetismo aimára. Anunció el despertar de la ancestralía. Y es bajo la égida de su conducta y de sus ideas cómo se ha de sacudir el continente. Pero aun falta mucho.

Me objetaron:

— El Maestro del Ande ¿no era una figura imaginaria?

— ¿Y no es vida lo imaginado?

— Pero si nadie ha visto al Maestro del Ande ¿cómo puedes afirmar que existe o existió?

— Mateo y Nayjama lo vieron. También yo. Sólo que para haber llegado a conocerlo fue necesario el duro aprendizaje de la soledad y del silencio. Ustedes no llegaron a él porque son incrédulos, desconfiados.

Los disidentes me observaron burlones:

— Los que mucho sueñan imaginan realizado su deseo. Ese personaje misterioso fue inventado por ti; luego lo insuflaste a Mateo, Nayjama, Ollanta, Siripaka, Thunupa, Martín Lucero, Huyustus y otras criaturas de tu propia esencia. Toda una constelación de sugerencias.

Les contesté serenamente:

— Tampoco todos ven las estrellas más lejanas; no obstante existen. Basta creer para ver y no sólo los ojos ven; visiones hay que sin retener configuraciones visibles ahondan más allá del ojo y de la mente. El Maestro del Ande que también fue conocido por el Hierofante de las Cordilleras y también como el Primer Amauta del Tiempo Desaparecido, es tan real como el sol que nos ilumina, pero su realidad ni se palpa ni se capta visualmente: es de orden puramente espiritual aunque brote de la materia en vertical ascenso.

Entonces intervino Mateo:

— Es como él dice: Señor y Maestro en esta morada virgen todavía para la comprensión moderna, porque el Ande no ha sido descubierto aun todavía por la mentalidad contemporánea fabricante de falsos mitos ignorando los auténticos que duermen, larvados en el basalto de nuestras montañas.

Los disidentes se mofaron:

— Otro loco engañado por la fiebre del puro imaginar.

Mateo no se enojó; al contrario. Les dijo imperturbable:

— Es preferible soñar, imaginar, que negar y descreer. Ustedes no pueden salir del club político y de las charlas maledicentes de café con seres pequeños y mezquinos. Nosotros nos refugiamos en la sabiduría ancestral del Maestro del Ande que sale al encuentro de los hombres de fe, de pasión buscadora, de aquellos que de tanto soñar convierten sus sueños en hermosa realidad. Si lo vierais quedaríais deslumbrados: el Maestro del Ande esparce una claridad mágica que ilumina con luz nueva el mundo y alegra el corazón.

Los réprobos se alejaron murmurando dislates. Los creyentes nos cogimos de las manos y del círculo formado surgió la figura excelsa del Maestro. Hizo un signo con la diestra, rompimos el círculo y los seguimos como mansos corderillos.

Fue el día que nos condujo en levitación inconcebible al santuario de Apu-Inti-Illampu, el Gran Señor del Sol Centelleante donde otrora se celebraban los Misterios Illámpicos que sólo a los iniciados es dado recordar.

Y no diré más porque la pirámide-cordillerana como el triángulo-pitagórico entrega sus secretos lentamente, en penoso y complicado aprendizaje. Y es que el alfabeto de los montes sólo puede ser leído y entendido por el andino trascendental, ese que viene de muy lejos y marcha a mayores lejanías...

Para hablar de la Patria hay que sentirla. Porque ella es también un cuerpo que vive y padece. Posee huesos, carne, músculos, sangre, una estructura interna difícil, una hermosa compostura física, un flujo espiritual que no se extingue.

Una opulenta geografía para un territorio humano menguado. Es nuestro drama. Y menguado en número y en ético civil.

Desde los arrebatos escolinos hasta las oraciones cívicas del tiempo crepuscular. Desde "Thunupa" hasta "Imantata". Desde la primera mirada a las montañas hasta la creación metafísica de los grandes mitos teogónicos. Siempre ELLA, la incomprendida, víctima del destino, herida por sus propios hijos, y sin embargo salvada en los trances supremos y finales por la gracia de Dios.

El oráculo illimánico revela que la ciudad de paz flota sobre un magma de fuego y de artes bélicas. Plutónico es el pueblo y sus conductores insólitos, agresivos. Tierra de los inestable y los cambiante lo mismo en los llanos y en los bosques, en valles y quebradas, que en las rudas mesetas altiplánicas.

Tenemos las gentes mejores y también las más difíciles.

No es verdad que el país sea ingobernable: es que la conciencia individual se ignora a sí misma y ese desconocimiento primordial desemboca en el desorden colectivo. No se comprende bien toda construcción nacional se erige partiendo del hombre. Y es el ciudadano el que debe ser remodelado en nuestra endeble sociedad democrática.

Bolivia: la más lacerada de las patrias. Y por ello mismo, bendita entre todas porque nos purifica en el dolor de su existir.

Hay veces en que el cielo finge un mar convulso, y el mar adquiere placidez de firmamento. Sólo la tierra permanece fiel a sí misma, hecha de osaturas térreas y filamentos telúricos, generadora de su propia substancia. Cielos, mares sugieren la infinitud del Universo, pueden contener enigmas desmedidos, pero nuestra tarea esencial está aquí, en la Tierra fecunda, madre fidedigna de hazañas y mitologías, morada inagotable, centro impulsor de fuerzas que se disparan a lo desconocido mas revierten siempre a su propio interior.

Puede ser que en tiempos futuros surjan civilizaciones planetarias dispersadas en el inmediato espacio sideral. O que la vastedad oceánica cobije metrópolis submarinas. Puede ser, Pero nuestra Tierra seguirá siendo el eje fundamental del pasado y porvenir del hombre. Gea-Tellus-Pacha, nombre seculares indicadores de la matriz original. Mientras el hombre exista subsistirá la fuerza gravitacional del escenario terreno, que atrae mar y cielo.

Esas fantasías de migraciones extraterrestres a las que se atribuye toda nuestra sabiduría antigua, degradan el linaje térreo y desconocen el poder creador de las razas telúricas. Nuestra sapiencia ancestral no descendió de los cielos ni surgió del océano: brotó de la tierra todoparidora, genitora de plantas, de animales, de hombres, de ideas, de culturas.

La semilla primordial no cayó: brotó del suelo y del limo terreros. Que tu planta agradecida se afirme segura en el piso fundamental aunque ciencia e imaginación se proyecten en náuticas y aéreas proezas. Porque somos Hijos de la Tierra, guardadores de su historia y su renombre.

Los egipcios en el “Libro de los Muertos” se ocupan del universo y de la eternidad. Los chinos mediante los “Cuatro Libros de Confucio” ahondan en el hombre y su conducta. Son las dos esferas trascendentales del pensar: el abismo estelar y el océano interno.

Si interrogaste a la naturaleza y a los hombres en el curso de tu vida sin agotar jamás la constancia de tu búsqueda, diré que merece el nombre de sabio.

Los dos enigmas insolubles: la vida y la muerte. Los dos misterios que se esclarecen sin llegar a la entrega total: el hombre y el mundo.

Ninguna de ambas ocupaciones excede a la otra: su estudio es parigual. Conocer lo que lo rodea y escrutar en sí mismo es la doble tarea del ser inteligente.

Para el artista el alma y el paisaje. Para el hombre de acción la voluntad y el movimiento.

A pesar de sus turbulencias y contradicciones, no obstante su complejidad y sus cambiantes apariencias, hombre y universo se mueven por leyes inexorables que no podemos concebir. Una vida, un astro están inscritos en una órbita misteriosa y obedecen a mecanismos que no son ciegos ni discontinuos como piensan los físicos, sino sistemas de perfecta regularidad que se suceden sin que podamos evitarlos ni menos comprenderlos. El mundo está bien organizado y el hombre variable, desconcertante, son dos fenómenos paralelos que obedecen a la armonía cósmica.

Hombre, universo: el encuentro que jamás termina.

Cuando Leonora le fue presentada al conde Raimundo, éste quedó impresionado por su belleza. “Es la novia de mi amigo Federico — se dijo. Merecerá mi respeto y mi devoción.”

Aunque la corte andaba saturada de intrigas y villanías, aun quedaban varones honestos y castas doncellas. Federico, dedicado al estudio y a la ceterería no era hombre de aventuras. Contrariamente, el conde Raimundo, rico y respaldado por la encumbrada posición de su parte el Consejero Real, transcurría entre hazañas guerreras y peripecias amorosas. Alma viril, no sabía engañar: a los hombres les jugó siempre limpio, su palabra jamás fue violada; a las damas nunca engañó, ni juraba amor ni prometía esponsales y sin embargo ellas caían como frutos maduros en sus brazos. Esa conducta recta, sin comprometerse, le era fácil porque no se enamoraba. Las mujeres se le presentaban como encantadoras regalos del destino, para disfrutar unos minutos y nada más.

La noche del baile en el cual Leonora fue presentada a la corte, Federico dijo a Raimundo:

— Eres mi padrino. Mañana emprenderé viajes a Lisburgo para cumplir la misión que el Rey dio a mi padre y que éste por su avanzada edad no puede desempeñar. Serás el custodio de mi novia: volveré en treinta días. A ti confío novia y honor.

El conde Raimundo abrazó emocionado a Federico y se limitó a decir:

— Ve tranquilo. Sabré responder a tu confianza.

Durante el baile en el fastuoso salón del Palacio Real, Leonora aventajó a todas las beldades del reino. Íntimamente el conde Raimundo se sentía orgulloso de su amigo Federico: varón superior por su linaje, su educación y su inteligencia casaría con la linda Leonora de Rosenzweig, la doncella más codiciada del país. Tendrían hermosos hijos y él sería el padrino del primogénito. Poco después pudo conversar con la novia advirtiendo su cultura y su charla ingeniosa. Era digna del querido Federico.

Al día siguiente el conde Raimundo no acudió a la cita con la duquesa de Gerolstein. Tampoco buscó a Leonora porque no le pareció digno ni prudente; custodio de la novia debía ser también el guardador de la honra de su amigo. Vigilaría lo que pudiera acontecer pero sólo iría donde Leonora si fuese llamado.

Transcurrieron tres días en la forma habitual: escribiendo el relato de sus campañas bélicas, estudiando astronomía, fiestas con amigos y bellas damas, cabalgatas por el bosque.

Al cuarto día Leonora lo llamó. Estaba confusa, hablaba en voz baja como si le costara entregar su cuita:

— Federico me dijo que confiara en usted. No quisiera causar molestia a nadie, pero... pero... he recibido dos misivas amorosas que para mí son un insulto... porque todos saben que soy la prometida de Federico... y además al caer la tarde un hombre se coloca en el parque frente a mi balcón lo que me ofende. ¿Qué debo hacer?

El conde Raimundo acordó con la joven detener al atrevido. Resultó ser nada menos que el sobrino del Rey.

Descubierto en su absurda pretensión el príncipe Ruperto tuvo que batirse con el conde Raimundo. Ambos salieron con leves heridas y se comprometieron, como hidalgos caballeros, a guardar absoluto secreto del incidente. El fiel amigo tuvo que someterse al capricho de su real adversario. "Si no queréis que vuelva a importunar a la novia de Federico, tendréis que cederme a la duquesa de Gerolstein." El príncipe era un afamado libertino, siempre en pos de lo prohibido y el conde Raimundo se hallaba muy a placer con la dama; pero pensó en la dicha de su amigo y no vaciló en sacrificarle su última conquista.

Al encontrarse con la joven le dijo con sencillez:

— Es un desconocido que pasaba por la ciudad. Se irá y no volverá a importunaros.

Leonora advirtió el rastro de un tajo en la sien y otro en la mano izquierda. Palideció y enseguida ruborizada aventuró:

— Os habéis batido por mí.

El conde Raimundo restó importancia al asunto:

— Ya todo terminó. Yo estoy aquí para velar por vuestra tranquilidad. Mandad señora.

La mirada pura y limpia de la joven perturbó al conde. Se retiró feliz de haber sabido responder a la misión que le confiara Federico.

Transcurrieron cinco días. Leonora volvió a llamarlo. Claro que se encontraron en fiestas y recepciones, pero el conde Raimundo se limitaba a invitarla a un baile luego se retiraba ceremoniosamente y no volvía a aproximarse a ella dejando que sus admiradores la rodearan. Leonora, recatada y señorial, sabía hacerles guardar distancia: no había temor.

El joven acudió al nuevo llamado de su protegida.

Ella le contó que por mediación de las primas de Federico y de otras jóvenes, había escuchado que su novio era enamorado y que hasta estuvo prometido a una de sus primas.

— Es falso —dijo con energía el conde Raimundo. El veleidoso es su hermano José Alfonso. Federico jamás estuvo prometido a ninguna mujer. No es enamorado. Hasta que os encontró a vos, sólo tuvo dos amores: la caza y sus estudios históricos.

Ella lo contempló temerosa:

— ¿Estaba diciendo verdad, o lo decís por lealtad a vuestro amigo?

— Perdonad, señora — contestó el joven. El conde Raimundo nunca miente. Si mi amigo fuese indigno de vos no lo encubriría.

— Disculpadme vos a mí —dijo la muchacha.

Enseguida, tímidamente, añadía:

— No he crecido en medio de la felicidad hogareña... Tal vez tengo miedo...

El conde Raimundo disipó esos temores con energía:

— No hay mejor hombre que Federico —exclamó. Os hará muy dichosa y jamás os arrepentiréis de haberlo aceptado por esposo.

Siguieron conversando de otras cosas. La joven, pudorosa, mantenía los ojos bajos y de vez en cuando los alzaba a su interlocutor. Fueron tres o cuatro miradas inocentes, llenas de pureza, de frescura virginal que aumentaron la admiración del hombre por Leonora.

Al despedirse y rozar con los labios su fina mano, el conde Raimundo sintió que un temblor extraño amenazaba hacerlo tambalear. Se sobrepuso pero al alzar la vista hacia la joven advirtió en sus ojos algo nuevo, como una amenaza furtiva, como una ternura escondida, ¿o sería sólo imaginación de sus sentidos?

Se retiró turbado. Esa noche soñó con Leonora. Y junto a ella había un monje azul que repetía: “no puede ser... no puede ser...”

Se despertó perplejo prometiéndose evitar nuevos encuentros con la novia de su amigo.

En el baile de los señores Lowellstadt, tuvo que acompañarla como padrino de la próxima boda. Estaban los padres de Federico, sus hermosas, primas y demás parientes. El conde Raimundo no sacó a bailar a Leonora.

— Es todo un señor — comentó el Consejero Real a su esposa. No quiere que se suelten las malas lenguas.

La consorte, taimadamente, anotaba:

— O tal vez la está evitando...

Pero ninguno de ambos ni de los concurrentes a la fiesta pudo sorprender las pocas miradas furtivas que cambiaron ambos jóvenes. El asombrado, secretamente conmovido, ella trémula, indecisa, buscando la admiración en los ojos del hombre.

En el coche, regresando a casa, Leonora preguntó:

— ¿Por qué no me habéis solicitado a bailar como en las otras fiestas?

— Sóis demasiado inteligente para esperar una respuesta; la conocéis mejor que yo.

No volvieron a dirigirse la palabra.

En el umbral de la mansión sólo se escuchó:

— Señora: como siempre, a vuestros pies.

— Conde Raimundo... — balbuceó la joven.

Esa noche Leonora y el joven comprendieron que la flecha del amor prohibido les rasgaba el corazón.

Federico mandó un postillón avisando que prolongaría por diez días más su ausencia, lo que dio lugar a nuevos encuentros y conversaciones entre ambos jóvenes.

Firme en su austera conducta, el conde Raimundo nada dijo ni menos hizo que pudiera tomarse como faltamiento al honor y a la amistad. Leonora, honesta y delicada, observó análoga conducta. El guardador de la novia de su amigo siguió siendo el más leal de los caballeros, y ella la más digna de las prometidas. Pero en su interior ambos sufrían las torturas del amor que no se atreve a decir su nombre.

La constante compañía y el acercamiento espiritual que supone el intercambio de ideas, fueron aproximando a los jóvenes sin que ninguno de ellos se atreviera a romper los límites del decoro. Si el conde Raimundo no fuera el primer caballero del reino... Si Leonora no fuese doncella intachable del país de Livonsmark...

La víspera del anunciado retorno de Federico, la novia y el fiel amigo se encontraron por última vez.

— ¿Partiréis mañana a la guerra? — preguntó Leonora con voz temblorosa.

— Es mi deber —repuso el conde Raimundo.

La doncella lo miró azorada:

— ¿No podríais evitarlo?

— Todo lo que sucede está bien.

— ¿No veréis a Federico ante de partir?

— No podría verlo de frente.

Leonora lo contemplaba tristísima. Sus lindos ojos se cuajaron de lágrimas.

— No lloréis, señora. Esto es imposible.

— El honor del conde Raimundo vale más que el amor de una doncella.

— El honor y la amistad, señora, gemelos inseparables.

La joven se aproximó al conde Raimundo y lo besó castamente en los labios. Beso de novia, de amada ideal.

Leonora casó con Federico. Y el conde Raimundo pereció en un combate contra los moros. Nadie supo, jamás, el amor desesperado que supo esconder en su corazón. Ni la joven dejó traslucir la pena inextinguible de su ausencia.

Podrías tejer una clámide interminable de historias de amor o de relatos de penas de amor y nunca agotarías tu fuente de inspiración porque tu Musa es la Sola que expresa a Todas. Tus narraciones podrían fatigar a los demás; para ti son pórticos de revelación.

Artífice orgulloso y necio: quisieras que la totalidad de tus obras se imprima y alcance siquiera una breve posteridad, olvidando que de las 90 tragedias de Esquilo y de las 80 de Sófocles sólo quedan siete de cada cual.

Es natural que el escritor padre-madre de sus libros los ame a todos, pero suena a egolatría pretender sitiales para cada uno de ellos.

Aun tratándose de genios —Dante, Séneca, Marlowe— aquello de las obras completas más fatiga que asombra. Siempre regirán las obras escogidas que aquellas, porque hasta el genio creador posee sus lagunas y sus sombras.

El drama de las obras que no pudieran nacer no ha sido escrito todavía. Conozco algunos temas, ciertos personajes que llevados a la literatura causarían sensación, pero no debo ni puedo burilarlos por razones secretas del corazón y de la inteligencia.

En la vastedad oceánica e ininterrumpida de cuanto se escribe y se publica, si puedes quedar con cinco o seis libros tuyos, conténtate. Uno sería poco ciertamente.

El escritor bibliográfico-bibliómano es cosa rara. Amar el libro por su continente y su contenido también. Pocos placeres más nobles y más excitantes que el hallazgo de un libro largamente anhelado, la sorpresa de otro impensado, o el recibir un volumen ricamente empastado en cuero de una obra predilecta.

Escritor —biblioteca. Nadie ha relatado las vinculaciones profundas y misteriosas de estos dos arcanos que se entrelazan íntimamente y sólo pueden ser entendidos en riguroso orden individual.

El Ángel no es una figura escapada de los textos teológicos ni una abstracción retórica. Es un ser vivo pero invisible. Unas veces está ahí, cerca, próximo a tendernos la mano. Otras nos habita. Verdad que no siempre se presenta. Merecemos y desmerecemos su compañía. Es, además, importante saber que sólo se anuncia a quienes creen en su existencia. Entre los enigmas del Cristianismo el advenimiento del Ángel es el don más accesible entre los dones del Señor porque aun siendo impalpable hace las veces del mejor amigo y consejero. La maravillosa leyenda poética del Ángel de la Guarda, —ideación religiosa, tradición arcaica, cuento de hadas, imagen arquetípica del poder fabulador de la mente, o sencillamente mensajero divino —es el más hermoso regalo que el hombre recibió del Cielo porque lo unge con la Esperanza, sin la cual el vivir se entenebrece con frecuencia. Para el que ama, cree, espera y confía la proximidad del Ángel trasciende a verdad interior mas puede regir y dar sentido a todo el suceder exterior. Que pintores y escultores le den representación antropomórfica es natural: de otro modo no llegaría a la inmediata comprensión humana. Dioses, demiurgos y gigantes de la antigüedad se distancian por su magnitud y desproporción; el Ángel, en cambio, captado en dimensión humana se hace más familiar al ojo y al corazón. Nadie lo vió, nadie podría representarlo en la pluralidad de sus excelencias. El actúa mas no se entrega. Podemos imaginarlo en cien formas admirables; hay mil más que no sabríamos imaginar. Se le dice también el Maestro Interior por los soñadores, el "daimon" socrático que tenía algo del esplendor luciferino, el ser de terribilidad y espanto que aterraba a Rainer María Rilke, el Buen Compañero de poetas y creyentes. Entre el Ángel Preceptor y el Ángel Caído transcurre todo existir. Aprende a distinguirlos. Quizás Delhez los vio y los dibujó con percepción mágica.

De pronto ves que los acontecimientos se precipitan en forma inesperada amenazando un desenlace fatal. Tu mundo seguro y confiado se tambalea. Los sucesos se entrelazan y mudan tan extraños que es como asistir al difícil parto de un mundo nuevo. Nada puedes hacer ni nadie lo podría porque fluye y borbotea como movido por manos ajenas al diario acontecer. Contemplas estupefacto lo que pasa. Oraste y no fuiste oído. Quisiste creer y un vendaval ahuyenta tus esperanzas. Ves crecer la cortina negra de lo irremediable. Se está derrumbando la montaña de tus ideales y con ella serás arrastrado a un aniquilamiento doloroso. Al verte solo y frágil, en realidad abandonado, desposeído de argumentos de salvación, comprendes o crees comprender que el individuo está irremediamente solitario en el universo. No existen EL ni el OTRO, ni el Señor que protege ni el Adversario que destruye. Uriel y Belial son imaginaciones poéticas. La naturaleza es ciega, el destino cruel, la vida implacable. Nada puede detener el torrente que se lo llevará todo. "Pachakuti", el Dios aimára del Milenio tiene razón: primero destruirlo todo, luego reconstruirlo pero bajo método y normas nuevas. ¿Qué es el hombre en el destino general del mundo? Nada o casi nada. Inútil atribuir a errores de algunos lo que en realidad resulta de fuerzas de presión que debían estallar tarde o temprano. No existen suerte, fortuna, los hados: solamente el vaivén inexorable de las cosas que creadas por el hombre terminan por dominarlo y absorberlo

en su vorágine monstruosa. Es la hora de la fatalidad, de lo incomprensible. No puedes evitarla ni atenuarla. El corazón sugiere: “no temas, no desesperes, Dios no te abandonará.” La fría razón replica: “no seas ingenuo, el hundimiento nos alcanza a todos. Nada podría salvarte.” Pero el desfallecimiento pasará.

Si con luces triunfales de amanecer se eslabonó tu vida, ahora es justo que un ocaso sombrío circunde el declinar.

El mundo en su total vastedad geográfica anda loco. Tu patria también. ¿Quién podría encontrar tranquilidad y alegría en el transcurrir actual, todo él de sobresaltos, penurias, incertidumbres?

Se tiene la impresión de vivir en una pesadilla constante que rueda de amenaza en amenaza. El espíritu zozobra, la voluntad flaquea, la mente se ofusca. ¿Por qué todos están descentrados, aturdidos, avanzando yerro en yerro? Tu mismo, crees ver lúcidamente lo que ocurre pero en el fondo estás tan poderosa que ninguna fuerza humana podría apaciguarla.

Y es que hay un Dios de Justicia y Otro de Expiación. Y el misterio de Lucifer, ángel y satán a la vez, anuncia la polaridad de bien y mal acechando sin tregua al hombre. Nunca sabrás si la tormenta que te aterra te destruirá o te salvará.

El Anticristo, más que un ser antropomórfico, es un símbolo de perdición. Ahora es como si vieras su cara colosal, siniestra, que te ronda sin cesar, sin que puedas aventarla.

¡Que tiempos funestos te tocaron vivir en este declinar apocalíptico!

Resiste valerosamente, hijo de Dios, hasta que te sea negado ver la nueva aurora. Mientras aliente vida en tus venas, resiste, lucha y espera en espera tensa y dinámica. No te entregues. Es mejor caer peleando que dejarse llevar por la corriente.

— ¿Y toda esa larga exposición intentando demostrar que estamos abandonados y somos mísero juguete de las circunstancias?

— Desfallecimientos pasajeros del ánimo. La revolución y los trastornos sociales pueden matar los cuerpos, no las almas. Por grandes que sean las desdichas siempre queda un rayo de luz y de esperanza que enaltece la condición humana. Síguelo.

Lo encontré en la cima de un monte. Fuerte y hermoso como una deidad antigua sonreía benévolo todas mis preguntas dejándome pasmado: para él no existían problemas insolubles ni desgracias irremediables. Me habló de un sistema de gobierno a mitad de camino entre dictadura y democracia, algo novísimo, de alta eficacia que, según discutíamos, descifraba todas las incógnitas de la política y la economía. Quedé deslumbrado más que por su sabiduría en la exposición por el dominio que demostraba sobre el mundo y sus seres. Su faz bronceada y sus ojos metálicos irradiaban firmeza, infundían confianza. Me dejó humillado: ¿cómo yo había vacilado, cien veces, frente a los obstáculos del diario vivir y él resolvía todo con admirable seguridad?

— Ven — le dije. Allí abajo todo son disturbios conflictos, retrocesos.

El sonrió al replicar suavemente:

— No puede ser: faltan cuatrocientos años para que aparezca es esta hondonada.

Y se desvaneció en el aire dejándome la imagen de un duro y grave rostro aimára cuyos rasgos tenían audacia y fortaleza de montaña.

Todos los artificios de la ciencia-ficción y las imaginaciones retrospectivas poco son frente a las maravillas de la realidad. En esto Goethe supera a pensadores y fantasistas: más importante y más útil es desplazarse en el mundo que nos fue donado, antes que soñar con pasados y futuros inaccesibles. Pero escasean aquellos que saben ver, escudriñar e interpretar las finas líneas del dibujo presente. Tan rápidamente transcurre la vida actual y tan urgida de ansiedades, que el

hombre pasa como un vehículo veloz sobre el escenario encantado de su entorno: carece de tiempo para penetrar el sentido de las cosas. Mira sin comprender, pasa sin aprehender. Existencialista y estructuralistas se pierden en las nebulosidades del conceptualismo definitorio que desemboca en el vacío, olvidando que semántica y lingüística sólo son instrumentos que nos fueron donados para revestir la esencialidad del lenguaje, es decir la idea y la imagen que la expresa. En un sentido figurado se da más importancia al esqueleto que a los organismos vivos que sostienen y animal el flujo vital. Dijérase que analistas y filósofos cayeron presas del verbalismo insustancial, de una logomaquia inútil. Ya no saben ver con claridad ni expresarse con justeza: el lenguaje los enredó en el laberinto retórico de una ciencia infusa que a fuerza de oscuras y pesadas definiciones raya en lo abstruso. ¡Y es tan noble, tan bello, todo cuanto nos rodea! ¿Por qué el escapismo al pretérito remoto, al futuro inalcanzable, y a la maraña inextricable del análisis estructural que todo lo descompone hasta perderse en las sinuosidades del palabrerío vacuo? El mundo es demasiado claro y bello para oscurecerlo con tintas vagas. Saber mirar, poder comprender: he aquí el arte de vivir.

Corre el tiempo tan rápido que espanta. Fenómeno que no se advierte sino trasmontado el medio siglo. ¿Cómo —diréis— mañana domingo! Si parece que fue ayer... El hombre activo ya no puede llevar cuenta de sus acciones: fueron tantas! Y es que no sólo el vivir actual se ha tornado vertiginoso; también el alma transcurre acelerada y pierde la noción de los pequeños hechos sucesivos que la inquietaron o alegraron.

Creéis haber hecho mucho y el Tiempo os dice que no habéis realizado casi nada.

Fue antes el ser conocedor de sus medidas de duración: en ritmo lento transcurrían ideas, acciones. Ahora todo sucede veloz, precipitado, henchido de premuras inquietantes. Al andar pausado del antiguo, cuyo saber extraía de momentos remansados, sigue el agitarse sin término del moderno que acosado por innumerables incitaciones del contorno y por su propio tiempo interior, ya no tiene el poder de dominar horas ni minutos siendo víctima del tiempo exterior que amenaza su descanso.

El nuevo Sísifo se ve siempre ocupado, activo siempre.

No está bien dilucidado si el tiempo es algo exterior dentro del cual nos movemos, o una fuerza interna que nos habita y nos mueve desde adentro.

Invento de la mente humana, si ella no existe él tampoco. Eternidad: último nombre del Tiempo que le escamotea a la inteligencia del dominio del espacio y de los números.

“Voraz dominador” —lo llamó Shakespeare. Y es en verdad el Amo que jamás perdona.

¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde aquella tarde fulgurante en que la Montaña llamó a tu corazón? ¿O es que nacisteis juntos?

El primer encuentro fue con Wirakocha después Thunupa, Nayjama, luego Pachakuti, Siripaka, Ainoka, Sariri, Ollanta, El Maestro del Ande, númenes andinos, hasta remontarse a la difusa penumbra de las remotas lejanías donde mora Pacha, el Dios Cósmico del Ande. En verdad: todos encarnaciones de la montaña.

Ollanta fue el héroe real. Imantata, símbolo inventado, Nayjama, el Buscador, viene a resumir y dar sentido a toda la familia mitológica por ti redescubierta.

Tus contemporáneo, semiciegos, no pueden alcanzar la maravilla de las fábulas que tu mente urdió. O recordó. El actual habitante del Ande, occidentalizado, racionalista, cientificista, no puede comprender el mundo mágico ni la naturaleza cósmica del antiguo poblador de las Cordilleras. Los montes nada le dicen: son emporios de sabiduría vedados a la mente lógica del moderno.

¿Cómo hacerles entender que los Nevados Andinos guardan mayores secretos que la Pirámides Egipcias?

Dicen que el Sacerdote de Ptha. Reveló a Solón la existencia de la Atlántida que éste transmitió a Platón. La leyenda no va más allá de veinte mil años.

Pero otro arcano no escrito todavía refiere que Shuru-Apu, gran sacerdote del reino abolido de los Antis, solía referir a los hierofantes del Tiwanaku extrañas historias de imperios, héroes y proezas desvanecidos.

Pregunté a las montañas: se negaron a revelarme sus enigmas. Busqué en los libros: ni el nombre de Shuru-Apu existía. Interrogué a la leyenda y a la tradición oral: permanecieron mudas. Nadie iba más allá del Tiwanaku indescifrado.

Perseguí porfiadamente el rastro de los tiempos pretéritos. Consulté a paleontólogos y arqueólogos. Historiadores y cronistas llegaban apenas al linde del bosque del Pasado sin entrar en él. No existen rapsodas de la Gesta Andina.

Largos años en la oscuridad quebraron muchas veces mi voluntad más no mi deseo ardiente de saber. Traspuse decenios en el tiempo, milenios en la imaginación. Llegué a pensar que acaso no estaba destinado a develar el misterio del Ande palingenésico y triunfal.

Una noche de insomnio en que sólo por instantes podía cerrar los ojos, las Montañas, madrinas solícitas y los dioses que las habitan – los Apus Inmemoriales— me concedieron el sueño anamnésico (es en verdad un semisueño profético, de mística hondura y revelación) durante el cual fui conducido a la presencia de Shuru-Apu. O él vino a visitarme.

Era un ser imponente, majestuoso en sus gestos, graves en sus palabras. Una túnica blanca de amplios pliegues cubría su cuerpo. Un solideo cuadrado cubría su cabeza de nobles rasgos. Los ojos negros, profundos, irradiaban inteligencia y bondad.

Y Shuru-Apu que en las remotas teogonías se llamó el Señor de Luz, gran maestro del culto iniciático en el Tiwanaku, profirió este extraño relato:

"Esto que llamamos el Ande Boliviano, cuna legendaria de dioses y mitologías, no es un fenómeno unitario sino una interminable sucesión de vidas, muertes y resurrecciones geológicas. Análogamente, aunque menores en el Tiempo, sus civilizaciones fueron tantas y se hunden tan remotas en los evos que muchas perdieron el nombre. Pero existieron. Algunos Iniciados como Zoroastro el persa, Abidos-Re, el sacerdote de Phta, Solón, Pitágoras, Platón, Heráclito y Aristóteles, griegos, recibieron la revelación de las edades mas la guardaron; en el "Timeo" sólo se habla de una pequeña porción "del pasado, pero su autor calló lo mucho mayor que se le mandó silenciar. Y ellos, como tu, ahora, supieron que la Tierra, viejísima de milenios y transformaciones incesantes hirvió en el fuego plutónico, plegó y desplegó sus vértebras telúricas muchas veces, haciendo de los mares, continentes; y de los continentes, mares. La corteza del planeta fué destruida y reconstituída en innumerables ocasiones. También las culturas nacieron y se apagaron en sucesión inacabable. Tiwanaku se yergue sobre cuatro o cinco capas arqueológicas, pero son su pedestal geológico cuatrocientas remudas náuticas y térreas, y su pasado ancestral se remonta a cuatro mil civilizaciones, para hablar en términos de medida humana. Porque en dimensión de tiempo cósmico no lo entenderías. El poeta, iniciado intuitivo, por la sola razón del Espíritu que indaga en profundidad, sospecha estas verdades aunque no pueda desentrañarlas en su vastedad oceánica. Cuando te hundías en la contemplación de la Montaña y creías ver sólo un Dios penetrado de fuerza y de belleza, en verdad por sus formas titánicas te aproximabas a la Gran Cordillera de los Tiempos Abolidos; y ese Templo Trapezoidal de Nieve y Roca que encantó tu juventud y solaza tus horas actuales, en verdad fué muchas veces limo oceánico, monte sumergido, plataforma submarina, asidero de corales, montaña, volcán, cordillera de formas innumerables. Porque en el tiempo geológico toda muda, se transforma, lo mismo la materia que el hombre que la puebla y la organiza. Y existieron gigantes, razas diversísimas, especies que fueron

olvidadas porque no dejaron rastro. Como también imperios sin fin, en sucesión prodigiosa, civilizaciones remotísimas que fueron absorbidas por los agujeros negros del tiempo.

Me atreví a interrogar al Gran Maestro indio:

—¿Por qué no me describes una de esas culturas lejanísimas, muy anteriores al Tiwanaku, que se hundan en el pasado?

Shuru-Apu respondió cauteloso:

—Estos secretos no pueden ser transmitidos de persona a persona. Tienes que perseguirlos, padecerlos y entenderlos por ti mismo. Aun no estás preparado para absorberlos. Recuerda que Platón, por descubrir el enigma atlante, sufrió cautiverio y padeció mucho en su ancianidad.

—¿Entonces nunca alcanzaré ni siquiera uno de los anillos incontables de esos pretéritos numerosos que existieron detrás del Tiwanaku?

—Tengo las llaves del pasado, no las del futuro. Sólo puedo sugerirte que ahondes el estudio de las aguas, que sigas contemplando las formas encrespadas de la Cordillera, y cuando sorprendas las singulares vinculaciones del Mar y de la Tierra un día el Monte tan largamente mirado, tan profundamente meditado te hará comprender lo que hoy sólo intuyes vagamente. El tiempo intemporal, fluido siempre como el magma primordial, con sus prodigios y sucesos infinitos está todo larvado en tu cerebro, pero hay células que necesitan muchas vidas para revelar sus arcanos. Pitágoras y Empédocles lo supieron mas no pudieron callarlo y expiaron su saber orgulloso en muerte violenta.

Su silueta se iba haciendo difusa. Comprendí que desaparecería, hice un gesto de imploración. Y sus palabras finales me llegaron en son de despedida:

—Buscar, buscar... es el destino del hombre. No te canses de tus búsquedas. No importa lo que ellas te procuren; lo que vale es la pasión que te impulsó a perseguirlas. Porque siempre el camino significa más que la meta anhelada. ¿Recuerdas el coro inicial del Réquiem de Fauré? Así, solemne, grave, profundo y misterioso es el arcano de los pasados desvanecidos. Fuiste aire, agua, tierra, fuego, piedra, pez, planta, animal; finalmente este milagro inexplicable nunca suficientemente entendido que es el hombre. También el planeta y sus pobladores pasaron por tantísimas transformaciones que el número no alcanza a clasificarlas. ¡Juventud del mundo, qué ilusión! Es más antiguo, más remoto, más oscuro que la vejez del tiempo. O acaso eterno, sin fin y sin principio como él. Ese Tiwanaku que denominas la Capital del Misterio, es apenas una huella pequeñísima, demasiado próxima, del camino interminable que conduce al cielo estrellado de las culturas desvanecidas. Sueña con ellas: algunas te revelarán sus claves de espanto y maravilla. Y no olvides: todo cuanto pueda suceder nada será frente a la grandeza inabarcable y la desplegada majestad de lo que ya ha sido.

El Amauta se esfumó en el aire. La iniciación, brotada de mí mismo, pedía nuevas personificaciones ideales.

El exceso de democracia —libertinaje— nos lleva a caer en la dictadura. El abuso de la dictadura —tiranía— nos devuelve a la democracia. Pero en ambos casos los mejores gobiernos son los más fuertes y dinámicos.

¿Pero existe, acaso, la democracia? Montesquieu se mofaba de su debilidad: es sólo un simulacro de la libertad pública —decía. Como teoría, excelsa. Como realidad, mentira. Y si en las naciones avanzadas, con siglos de cultura detrás, es practicable no obstante sus vicios; en los países sudamericanos, instintivos, tumultuosos, caudillistas, un gobierno enérgico sin cámaras y sin partidos será el más apto.

El mal uso y peor abuso del sindicalismo lo convierte en el tenaz enemigo del sistema democrático. También la opacidad de los parlamentos conspira contra la vigencia del sistema.

Habría que inventar una nueva doctrina política: ni liberalismo, ni democracia, ni nacionalismo, ideologías y sistemas caducos que no responden ya a la complejidad de la vida política moderna. Pero nada de que todos participen en la conducción pública, porque eso lleva al caos. Pocos deben hacer política, muchos producir. Y enseñar, tanto como los derechos humanos, los deberes sociales.

La Escuela para formar Estadistas como base. El voto universal es un fraude: reemplazarlo por un organismo más racional y eficaz. Un consejo de Estado — políticos y técnicos — en vez del Parlamento, sin poder de decisión. Un Ejecutivo centralizado y fuerte. El Poder Moral que ansiaba Bolívar para controlar a los otros dos. El Poder Judicial independiente. En el caso de Bolivia, si se insiste en mantener el Parlamento que se admitan sólo un Senador y dos Diputados por departamento; y que no se permita exposiciones o discursos que sobrepasen los quince minutos.

Tan corrompidas están las instituciones y el ejercicio del poder público, que sólo una cruzada de moralización, rigurosamente aplicada, puede salvarnos de la podredumbre en que la humanidad está sumergida.

El éxito, el dinero, el hedonismo deben ser sustituidos por el desinterés, la sobriedad, la generosidad.

Pueblos somos todos. Impedir la supremacía de una clase social sobre las demás. ¿Dictadura del proletariado? Mentira insigne. Los proletariados no pueden gobernar y además no existen, porque en los últimos cincuenta años obreros y campesinos se han incorporado a la clase inmediata de los burgueses moderados.

La revolución moral, tan ansiada, tiene que complementarse con cambios de estructura en política y en economía pero no para desembocar en el Moloch estatal de los totalitarios, sino en un nuevo tipo de sociedad participativa en la producción y en sus beneficios, manejada por gentes capaces y responsables.

El año 2000 debe ver al mundo encaminado hacia una sociedad política donde lo colectivo se afirme en lo individual. Y a la inversa. El espíritu de las leyes debe acomodarse a la naturaleza humana, no a los sofismas de la ideología. Hablar menos de libertad —que mal se comprende— y más de responsabilidad — que poco se practica. ¡Cambiar, cambiar, pero con sabiduría y previsión!

No avergonzarse de que te digan sentimental. Todo ser nacido de mujer es sentimental, tiene sentimientos, puede expresarlos con recato y moderación. Cosa distinta el sentimentaloides, que es la enfermedad que padece el sujeto emotivo. ¿Hay cosa más noble, más digna de admiración que el sentimiento, raíz y clave el espíritu? No la hay.

En la bazofia contemporánea, muchos reniegan del corazón apasionado para entregarse a la frialdad reptílica del cálculo. Más cerca del pez o del reptil, que de la constitucional naturaleza humana, el hombre moderno se va convirtiendo en un instrumento de avaricia y de codicia que manejan sus instintos, es decir la parte baja lindante en lo salvaje de su ser.

Eso en la generalidad de los contactos cotidianos. Pero no te desalientes, sé justo: el hombre sigue siendo bueno en el fondo, hay muchos dignos de afecto y de respeto aunque la muchedumbre de los malos sea mayor. Sabe escoger tus amigos, tus iguales en el trato, los merecedores de confianza y simpatía.

Y si te devuelven mal por bien —cosa frecuente— olvídale. Generoso es aquel que puede mantenerse benévolo en las mayores decepciones.

Ya sé que el instinto de pelea, el adusto vengativo de la era cavernaria acecha en el fondo del ser. Ahógallo, no le permitas surgir a la superficie. Eres juez y timón de tu conducta.

Tolerancia para con los demás, severo contigo mismo: es la ley del que aspira a ser justo. Y a nadie despreciar porque todos somos criaturas de Dios, dignas de amor.

La dama más bella y más altiva del país, así la definían todos. Y nadie se atreviera a osar galantearla porque parecía muy enamorada de su marido, el conde Ruderico, y además era honesta, orgullosa y nunca permitió ni la más leve tentativa de aproximación física o verbal. La condesa Úlrica fue denominada también la inaccesible; los despechados dieron en circular versiones malévolas: era algo tonta, fría, esquiva por falta de femineidad. Pero los caballeros dignos sostenían lo contrario, distanciaba a los presuntos galanes haciendo gala de fina inteligencia, amaba a los niños acaso porque ella no los tuvo en siete años de matrimonio, y guardaba, pudorosa, una exquisita femineidad que sólo insensible o despechados podían negar. Bailar con ella resultaba un encanto, mas desde los primeros compases la pareja masculina comprendía que le estaba vedada toda familiaridad. Su Ulrica tenía una vida interior nunca la confió a nadie. Su conversación discreta y sobria, impedía acercamiento. Bastó que interrumpiera el baile con dos atrevidos para que sentara fama de inabordable. Y como era extraordinariamente linda, ingeniosa, la mujer más elegante de la sociedad, hasta los más audaces admitieron convertirse en fieles adoradores, distantes siempre de la hermosa dama.

Andaría ya por los treinta y aparentaba haber salido apenas de los veinte. El cuerpo pleno, armonioso de formas, la cara fresca, virginal con una tez de jovencita. Los ojos verdes parecían comprenderlo todo, los labios, dueños de precoz sabiduría, daban paso sólo a palabras adecuadas. Tanto dominio solía irritar a los hombres y provocaba envidia en las mujeres.

Apenas salido de la adolescencia, recién por entrar a la universidad. Kostia, sobrino predilecto del conde Ruderico, pasaba su tercera vacación anual en la residencia condal. Amaba y admiraba a sus tíos, a él por las muchas cosas que le enseñaba, a ella por su belleza altanera y la delicadeza con que lo trataba, como si fuera un hermano menos. El conde gustaba de la compañía del mozo inquieto, despierto, ávido de saber y de aprender; tenían largas charlas en la biblioteca sobre los más variados temas; cabalgaron, cazaron, hacían esgrima y en la piscina Ruderico casi siempre ganaba a Kostia a pesar de su vigor juvenil. Ulrica lo veía con cierta ternura maternal: después del conde sus cuidados eran para el muchacho; adivinaba el efecto que su presencia causaba a Kostia, una muda adoración que jamás se permitió palabra ni gesto impertinentes. Y eso era lo que a ella la complacía; su amor sólo para el conde Ruderico; el amor de los otros para ella pero distante, respetuoso como se puede amar la luz del sol o el esplendor de la luna sin empañar su perfección.

El afecto y entendimiento entre tíos y sobrino era completo. Para Kostia el conde resumía las virtudes que no conoció en el padre, fallecido cuando él tenía cuatro años; la condesa le evocaba la imagen de una diosa lejana, a veces de una madrecita tierna, y hasta llegó a pensar en un futuro que le depararía una novia tan linda y seductora como Ulrica. Rápidamente desechó la idea: la condesa pertenecía a Ruderico, debía verla y respetarla, quererla también pero con afecto familiar no con arrebatos pasionales.

El día amaneció radiante. La cacería comenzó muy temprano por los extensos bosques de la residencia condal. Dama y caballeros se dividieron en cuatro grupos: el conde, la condesa y el sobrino se integraron a grupos distintos. Kostia suspiró resignado: no podría aprender de la maestría hípica del tío, ni admirar en silencio a Ulrica, la más atrayente amazona que jamás viera.

En pleno desarrollo la cacería los jinetes se fueron dispersando, otros se detenían para recuperar fuerzas, los más osados corrían sin detenerse como si en ello les fuese el alma.

Fuera falta de experiencia ecuestre o cansancio natural, Kostia se fue quedando rezagado. Pronto se vió solo en un claro bosque. “Bah —pensó desilusionado— yo nunca cogería al zorro; el tío de puro bueno me incorporó a la cacería.”

Descansó unos momentos, luego se detuvo frente a una planta con flores de campanilla de color lila, caminó unos pasos y cuando se disponía a volver a montar le llamó la atención un bulto en tierra. Se acercó y el corazón se le paralizó de espanto: era Ulrica, desmayada, sin rastro de su cabalgadura. El cuerpo inerte, la ropa estropeada, demostraban que la caída había sido desafortunada. ¿Con gran cuidado tomó la cabeza de la condesa y la colocó sobre sus piernas. Ulrica no daba señales de vida. Lo invadió el temor, luego recordó que infundiéndolo el propio aliento se podía hacer reaccionar a los accidentados. Se inclinó para acercar su boca a los labios de Ulrica y ese instante advirtió por la blusa desgarrada un seno de maravillosa blancura. Un movimiento involuntario hizo que rozara los muslos de la mujer caída: el colán ceñido dejaba entrever la cadera rotunda y tentadora. La boca entreabierta, el cuerpo en delicioso abandono, no daban indicio de vida. Asustadísimo, Kostia se inclinó aún más poniendo sus labios muy próximos a los de Ulrica exhaló aire de sus pulmones afanosamente, tres, cuatro, cinco veces.

La condesa no respondía, Kostia, desesperado, estaba a punto de romper en llanto. ¿Habría muerto? ¡No, no podía ser! Una onda de voluptuosidad subía del hermoso cuerpo inanimado, la boca era tan tentadora, y el joven estaba tan aturdido que instintivamente pegó sus labios a los de Ulrica. No le habían respondido, pero Kostia trémulo, desesperado, volvió a besar largamente a su bella tía. De pronto sintió que los labios de la dama devolvían el ósculo amoroso, primero suavemente, enseguida con mayor presión, finalmente en un delirio apretado de besos intensísimos que le hicieron perder el aliento. El joven no podía creer en lo que sucedía: la condesa Ulrica lo besaba con ardor, sus manos le acariciaron la nuca, sintió vibrar el cuerpo soberbio que se apretaba contra el suyo, y escuchó o creyó escuchar una voz delirante que decía:

— ¡Te amo, te amo...!

Duró algún tiempo más el éxtasis amoroso que tenía trastornado a Kostia y cuando pensaba que estaba bordeando las lindes del Paraíso, las mismas manos que hacía poco le acariciaban la nuca lo rechazaban con furia, y los labios que lo besaran proferían coléricos:

— ¡Loco, atrevido! ¿Qué te has imaginado?

Ulrica, ya en plena posesión de sí misma, lo miraba indignada, arrebatado el rostro de furor.

El muchacho no atinó a responder, pero fueron tales la angustia y la decepción ante la actitud de la dama, que ésta ahuyentó su indignación y con voz temblorosa dijo:

— Te perdono —exclamó— pero no olvides que esto “no ha sucedido.”

Kostia no quiso volver a la residencia del conde Rudorico, y la condesa Ulrica jamás confió a nadie que el sentir el primer roce de los labios de Kostia estaba perfectamente consciente.

Teje, teje el hilo de tus relatos y tus pensamientos. A veces tienes la sensación de que se desenvuelve solo. ¿Qué es, en suma, la creación literaria, quehacer de uno o convergencia de espíritus que buscan al espíritu que te habita? Muchas cosas fingen ser como dictadas, muchas otras revientan como capullos íntimos de tu huerto. Nadie sabe, exactamente, por qué escribe ni para que escribe. Fluyen ideas, narraciones, a la manera de las líneas de una arquitectura inédita que a lo mejor es sólo reminiscencia de otra ya erigida.

Ni el pintor, ni el músico, ni el escultor conocen los goces, las sorpresas, los padeceres, los encantamientos de la literatura, arte magna porque las contiene a todas. El escritor, cuando lo es de vocación, jerarquía, es el amo del mundo.

La facultad de transmitir ideas de crear mundos y seres, de hacer vibrar a los lectores es don de Dios y ciencia personal a la vez.

Cualquiera que sea el sitio que te asigne la posteridad, no importa: lo que cuenta no es la grandeza y majestad de una obra, sino la nobleza de una búsqueda y la intensidad con que la realizaste. También hay una mística en el artista y su escritura.

Aunque no todo nos agrada y muchos prefieran eludir lo desagradable, para estar bien informado, por disciplina intelectual es preciso aproximarse aun a las cosas ingratas. Conocer, conocer: ley humana.

He leído a los europeos contemporáneos y a los latinoamericanos del mentado “boom” literario, tratando de comprender su ideario de renovación. Resumiré lo que brota de autores y críticos de la estilística moderna.

Sostienen, ellos, que buscan una nueva manera de decir, de narrar, de escribir. Una constante transgresión de los niveles lógicos del lenguaje. “Escribir menos bien” o describir la literatura. Odio a lo estético. Perseguir una interacción menos mecánica entre las palabras, recurrir a afinidades intuitivas, ilógicas, subconscientes o mágicas. Combatir lo estereotipado, lo tradicional, todo lo ya conocido y gustado. Fundar nuevamente el lenguaje, nada de escritura analítica o estética. Instaurar el predominio de lo ambiguo, o sea ejercer una lengua que cuestiona su propia esencia. La apertura a la pluralidad de significados, aun los más absurdos. En vez de la narración clásica, lineal, que todo lo presenta nítidamente, sustituirla por el relato inconexo, asintántico, ilógico. En vez de un retórico “escribir bien” y convencional, imponer un nuevo estilo de expresión, descoyuntado, difícilmente aprensible, porque el lector debe completar lo que no dijo el escritor. La prosa ya no será unívoca, pues se deja un amplio margen interpretativo para el que lee quien deberá desarrollar, leyendo, su capacidad de colaboración creadora. Esta nueva sensibilidad artística desrealiza la realidad, la torna más amplia y susceptible de nuevas posibilidades fluctuantes. Se trata de una literatura inédita esencialmente intelectual, elaboradora innovadora. La ruptura con todo lo habitual. Declara roto el equilibrio normal entre hombre y mundo. Se apoya en el surrealismo, en lo subconsciente, en la extravagancia de las búsquedas insólitas. Si la civilización se está desintegrando, es natural que la escritura también se descomponga. Ya nada puede ser bien comprendido porque la realidad externa es polifacética, contradictoria, inasible. Será la liberación poética del lenguaje que se volverá acrobático y críptico, insólito y audaz, capaz de remover sus propias ruinas para surgir o re-surgir como un fénix feroz, desconcertante. Para ellos la novela será anti-novela, los personajes tenderán ala anti-héroe, sus creaciones a la anti-literatura. El escritor se libera de cánones y reglas: fuera la gramática, la sintaxis, el estilo claro y elegante. Buscar los contratipos, las estructuras complejas, desorientar al lector, obligarlo a pensar por si mismo. Re-pensar lo ya pensado, intentar lo imposible, descomponer el lenguaje para de nuevo organizarlo. Afianzarse por lo onírico, lo maravilloso, lo inusitado. El vacío exterior, convertido en oscuridad interior, conducirá a la nueva iluminación. Se instaura la funcionalidad interna de los elementos narrativos, un rigor verbal que detesta los convencionalismos de lo ya estatuido. El satanismo analítico superpondrá lo confuso sobre lo racional. Lo demoníaco es más profundo que lo angélico. Destruye, destruye, y niega, niega: del desorden del derrumbe se levantará la nueva estética o mejor la contraestética de la a-literatura contemporánea.

Como el anaco-sindicalismo en política, la nueva literatura deja al escritor abandonado en su propia tormenta y le ordena erigirse en juez y guía de su misma confusión. El más descabellado será el mejor de los nuevos constructores del lenguaje.

¿Se puede razonar contra estos desaforados? Sería inútil: los superhombres de la nueva escritura no admiten leyes ni críticas.

El cerebralismo literario contemporáneo como el culteranismo del siglo de oro, pasará, porque todo lo exagerado y artificioso se desvanece por sí mismo.

La mejor prueba de lo inestable de esta demagogia verbal, es que si cogemos un libro del “boom” latinoamericano o de los oscuros nigromantes de la moderna magia literaria, difícilmente ese texto resiste una primera lectura. Ninguno llegará a la re-lectura. ¿Cómo se explica, entonces, su difusión universal? Misterios de la comercialización, de la propaganda, del montaje publicitario, y también del esnobismo, la estupidez, y la curiosidad de los lectores.

Felizmente, junto a los “elegidos” de la moderna renovación del lenguaje, seguimos contando con excelentes narradores que resisten la re-lectura porque saben contar una historia y hacer vibrar a quienes la leen. No está en crisis la literatura: es que la infecta, temporalmente, el

virus de la novedad, la negación, lo estrafalario. Pasará. Los deshidratados de la cultura seguirán perdiendo agua.

El mundo se está deshaciendo en tu entorno y tus dos nuevos libros siguen avanzando regularmente en su composición. No lo entiendes: ¿qué hilo mágico te guía en medio de la confusión?

Dice el **Mar**: corre como el río impetuoso. No te importe lo que venga detrás. Tu sino es avanzar.

Sugiere la **Montaña**: que a la acción suceda la quietud. Altérmalas.

La Estrella insinúa: más lejos, siempre más lejos...

Un amigo, viejo crítico muy leído, de vastos saberes y depurado juicio me dice: “he releído el “Nayjama” después de veinte años, haciendo de cuenta que no fue compuesto por ti, mi amigo, sino por un desconocido. Mi fallo final es éste: no se ha escrito nada más original ni más bello.”

He respondido: “exageras”.

— No —ha dicho el crítico— es ciertamente así. “Nayjama” es el portal a un mundo inédito, poderoso y épico como las montañas de los Andes, fino y poético en la transfiguración de las imágenes. Si hubieses nacido en país grande, de intensa movilidad cultural, tendrías ya prestigio universal.

No he vacilado al contestarle:

— Si naciera otra vez escogería Bolivia y mi destino de soledad y oscuridad. Tal vez la patria ingota y el áspero destino fraguaron Nayjama, Teogonía Andina, Ollanta el Jefe Kolla, Thunupa, Pachakuti, Sariri, Imantata, Huyustus, El Maestro del Ande, esa procesión de arquetipos ancestrales que no se comprenden todavía acaso porque viniendo de muy remotas lejanías son demasiado jóvenes para la comprensión moderna.

El ha sonreído, con cierta tristeza:

—Te pasará lo que a Tamayo: serás aclamado cuando duermas bajo tierra...

— Es posible. Pero nadie me quita las auroras triunfales que conocí al crear o re-crear esos personajes simbólicos que encarnan el genio de la América india.

— Como todo iniciado intuitivo, sin guías, sin sostenes, pagas un precio muy alto (y así necesariamente tiene que ser) para edificar tu ciudadela ideal y poder defenderla de tontos y malvados.

— Acepto mi destino. No importan la incompreensión ni los vacíos deliberados. Como hombre fui dichoso: es natural que el artista soporte su carga de pesadumbres. Pero al cabo de los años mis criaturas-ideales me rescatarán del olvido.

El amigo me miró inquisitivo:

— No te vas a engreír por lo que te voy a decir. Aunque menor en extensión, por su vuelo poético tu “Teogonía Andina” puede medirse con la “Ciudadela” de Saint-Exupéry y con la “Odisea” de Katanzaki, obras de estructura catedralicia que parecen resonar con los coros de los ángeles.

No soy un necio, no me juzgo entre los “grandes”, pero si mis obras suscitan reaccionan como las trascritas me siento recompensado de la soledad, el silencio y la malevolencia que me circundan.

El mundo está bien construido y el azar lo redondea con giros insólitos que juzgas injustos, cuando en realidad contribuyen a tu propia perfección. Crees estar tocando fondo, y es que pronto saldrás a un remansado bogar. Te sientes empujado sobre todos, y la caída aguarda próxima. Luchar contra el destino, sí; y al mismo tiempo admitir sus inevitables transiciones porque sin ellas el vivir no tendría sentido ni el carácter formación.

Cosa triste e indeseable: ir enterrando, uno por uno, a los amigos que se desgranán de tu corazón. Volveremos a encontrarnos —esperanza cristiana; pero la pena no se desvanece frente al vacío exterior.

El hombre es un algo o un mucho masoquista, exagera sus quebrantos, aumenta sus dolores, critica la sociedad en la cual vive, despotrica contra el mundo. Quiere ser compadecido.

A pesar de lo negativo y punzante del transcurrir cotidiano, ¡qué bello es vivir! Desechar los temores, sobreponerse a las dificultades, cambiar el tono jeremiaco por otro de confianza y alegría. He ahí la dignidad del ser.

Otros hay —y abundan— que temen confesar su felicidad, como si sólo la exhibición de su desgracia y sus percances fuese blasón de varonía. Aquello de que sólo el dolor conduce a la grandeza es una impostura; también lo hace la dicha: los Asoka, Píndaro, Virgilio, Haendel, Rubens, Goethe, Balzac, hoy mismo Paul Claudel, genios felices, brotan de una vida exuberante y placentera. El gran parte surge indistintamente de la honda amargura como de la dicha radiante. En la literatura boliviana, Tamayo, exhalado de nocturnas pesadumbres, tiene su contratipo en otro escritor de apolíneas claridades. Saber buscarlo. Y acaso éste ahondó mejor en la morada nativa y en su poblador, en la esencia y trascendencia del ser nacional, que aquel que huyó a refugiarse en los mármoles pentélicos por menoscabo de su realidad circundante.

No se niega la validez de las palabras de Meister Eckart: “pues el corcel que lleva más rápidamente hacia la perfección es el dolor.” Pero existen, otras, igualmente vigentes del Maestro del Ande: “la dicha te fue donada para que transfigures la tosca realidad del mundo en creación amorosa, en belleza y poesía.”

En el fondo de un infortunado, de un dolorido hay siempre un despechado. El varón feliz, en contraste, anhela la dicha de todos los demás.

Tan lejos y tan descabellada trayectoria trazan los autores de ciencia-ficción y los narradores-fantistas de nuestro tiempo, que hoy el misterio se ha refugiado en la vida sencilla en los hechos normales de la visible realidad. En vez de imaginar mundos irreales, seres disparatados, la revelación te aguarda en la frecuentación de la cotidiano. Claro que la imaginación es instrumento altísimo, pero sólo deberían pulsarlo quienes conocen la nobleza de sus voces y el límite de sus posibilidades expresivas.

Las grandes mentiras del siglo XX:

- Que la democracia es el mejor sistema de gobierno.
- Que las máquinas pervirtieron al hombre; siendo a la inversa.
- Que el dinero y el éxito son las metas ideales.
- Que el líder ha muerto y sólo existen las masas.
- Que la revolución lo cambiará todo.
- Que el pez chico puede enfrentar al pez grande.
- Que es posible vivir sin Dios y sin mujer.

- Que el poder es magnánimo y la oposición maligna.
- Que el Partido es más que la Nación y el Jefe más que la ley.
- Que la prensa dice siempre la verdad.
- Que el socialismo hará felices a los pueblos.
- Que Marx y Freud liberaron al hombre de todo prejuicio.
- Que hombre y mundo serán destruidos en breve.
- Que intelecto y estructura son más que esencia y razón.
- Que anti-héroe y anti-todo son la estética actual.

Que un hombre tenga “clase” y se conduzca dignamente en cualquiera circunstancia, es difícil. Pero más, todavía, que la cultura se aposente en el frívolo lector de nuestro tiempo.

Las “Cantigas de Santa María” de Alfonso el Sabio, cuya música se cree inspirada en canciones mozárabes y en temas galaico-portugueses, por su maravillosa simplicidad melódica y por la hondura del sentimiento religioso entroncan en cierta manera con el canto gregoriano. Es un lenguaje angélico que casi no se comprende en la estridencia disonante del mundo sonoro contemporáneo. Pureza, delicadeza en el sonido: sólo se dieron en los primitivos. Saber buscarlos. Y aunque los pedantes lo desconozcan es en la música religiosa donde imperan la majestad, el dolorido sentir y las más altas alegrías del orbe vocal y musical.

Ser, hacer. Nuestro organismo físico individual está constituido por billones de seres o entes microscópicos cuya interconexión y funcionamiento ignoramos. Igualmente vastísimo y misterioso es el hacer de cada cual formado por cordilleras de hechos que no podemos abarcar en conjunto. Cada vida, cada obrar se unifican en una infinita plenitud que inteligencia alguna puede sondear en su total magnitud. O sea que el número en que se descomponen nuestras estructuras y se organizan nuestras acciones escapa a una comprensión de conjunto.

¿Qué misteriosa afinidad te liga al enigma aimára y a los románticos alemanes? Dos orbes tan distintos que carecen de puntos de vinculación, y sin embargo dos centros de revelación que parecían aguardar la fusión imposible de lo térreo y lo fantástico, en un agente de transmisión que provisionalmente llamaremos el Maestro del Ande aunque sea, en realidad, un ser múltiple compuesto de varios.

Universal por el vuelo de tu pensamiento, en la intimidad del sentir sigues perteneciendo a María, al Ande, a Bolivia la Desventurada, y a tu destino de Buscador jamás saciado. El que parte de su comarca original para remontarse a los cielos constelados de un saber que aspira a ecuménico y siempre más vasto...

Vaticinador fuiste en muchas de tus páginas, pero tus vaticinios serán entendidos en tiempos que aun no han sido.

Peligro de soberbia para quien mucho analiza y largo se profundiza. Toda individualidad poderosa corrió ese riesgo, desde el asunto Sócrates que al hacerse el menos sapiente era en verdad el más sabio, pasando por el erudito Montaigne y terminando en el rebelde Nietzsche. Pensar es crear y la ufana del semidios ronda siempre al cazador de ideas.

Solitario y vinculado a todos a la vez. Parece imposible y es así: destino de estrella, fulgiendo aislada y no obstante conectada con todo el sistema sideral. Pero la estrella es admirada en su soledad-comunidad y al escritor no se le perdona que elabore su mensaje en privacidad.

Mirando hacia atrás: fabulosos imperios abolidos. Proyectándose hacia adelante: mundos nuevos de estructura inimaginable. Pero si se sabe auscultar la vieja y dulce Tierra ella guarda prodigios que exceden a todo pretérito y a todo futuro.

Nunca nos cansan Goethe, el equilibrio sabio, ni Platón el poeta filósofo. Pero a veces sentimos el impulso de seguir a Kleist el insaciable y a Heráclito el oscuro.

Lo mediocre ensalza lo mediocre. Lo elevado ama su propia cumbre solitaria. No esperes respuesta fidedigna del lector común ni de inteligencias privilegiadas: el vacío circundante atestigua el abolengo de tu quehacer.

Tamayo, el andino, es tan insondable como Kierkegaard el nórdico. Ambos fueron tan hondo que se esfuman detrás de la bruma de su pensar atrevido y contradictorio. Manejan, además, un lenguaje sibilino que se presta a interpretaciones diversas. Poetas del alma, fueron cinceladores del idioma. Y en ciertos pasajes de su obra hablan una lengua críptica que requiere previo desciframiento.

Plotino ayer, hoy Schelling. No hubo pensadores más flamígeros.

El Greco espiritualiza la materia. Watteau la transfigura en poesía visual. Memling la encierra en parajes ideales donde reinan la pureza interior y la exterior diafanidad. A veces fatigan la opulencia de Rubens, la perfección del Tiziano, el Claroscuro que sirve de fondo a las figuras veraces de y amargadas de Rembrandt; entonces un paisaje de Patinir, un lienzo de Van Eyck nos devuelven a la serena luz del apacible contemplar.

¿Por qué afanarse en comprenderlo todo, si basta vivir y admirar el prodigio de los instantes que se eslabonan a otros instantes?

Si conservas enhiesto el penacho literario —periodismo y literatura a la vez— puedes enfrenar ventajosamente la vejez.

Churchill fue un gran retratista con la pluma: sus figuras contemporáneas, en pocas páginas, resumen vida y colorido.

El “Juan Cristóbal”, leído en la juventud, encanta y asombra. En la madurez, más asentado el juicio, sigue gustando pero la inicial admiración se diluye en sentido crítico y divergencias de opinión. Es una grande obra y Romain Rolland autor genial.

Ansío una muerte fulminante, como la de María, antes que llegue la senectud. ¿Pero es que se puede escoger el parecer? El Ángel de la Buena Muerte nos lleva rápidamente. Será el último amigo, también el mejor.

El cielo está aquí, entremezclado con las penas infernales. Solo que aquel infrecuente: y éstas rondadoras.

Hombre y universo: la máxima antítesis. No fueron creados para entenderse pero si para relacionarse de mil modos. Y es maravilla que la criatura frágil, efímera, tenga la audacia de pretender alzarse a la inconmensurable majestad del cosmos.

Prostérnate ante Dios; no trates de explicarlo. Quien más se aproximó a su resplandor con ánimo analítico con mayor fuerza se alejó de su bienaventuranza esclarecedora.

Desconozco el texto de “Las Preguntas del Rey Millinda”, libro sabio de la antigua India. Creo que éste podría ser un diálogo para sus páginas.

— Creo haberme conducido rectamente. Sin embargo al término de mi existencia me veo bamboleado del profundo abatimiento a la renacida esperanza. Esto dura meses, años... —dijo el peregrino.

El Rey Millinda que conocía la verdad de sus aseeraciones, se limitó a responderle:

— Nadie sabe por qué acuden los sucesos, alternando entre lo saludable y lo lesivo. ¿Por qué alzarse contra el Destino? Sigue tu camino y no te quejes, acepta lo bueno y lo malo con filosofía.

Cuando el peregrino se alejó el Rey que conocía la trayectoria de su vida y la angustia de sus últimos años, se dirigió al Guru Milarepa:

— No lo entiendo — exclamó el Rey Millinda— es un alma noble, no merecía este final atormentado. ¿Por qué, ahora, al declinar, lo acosan los infortunios?

El Guru Milarepa le respondió:

— Tuvo medo medio siglo de éxitos y años dichosos; ¿no parece justo que conozca y soporte también lo que a todo ser humano redondea, la desgracia?

— Si, todos sabemos aceptarla con igual serenidad que disfrutamos del sol de la victoria. Pero es que sobre el peregrino se van acumulando las nubes; de un instante a otro podría estallar la tormenta y se llevaría todo despojándolo de cuanto tiene.

— No te parece justo que el hombre feliz pase desdichado, siendo así que es una criatura del mundo que a su vez alterna entre claridades y tinieblas.

— Es que el varón justo no merece tal destino.

— ¿Y si no fuera tan justo como tú lo piensas?

— Aun así: el rigor de los dioses no debería cebarse en uno que procuró seguir sus designios. Su caso es tan complicado, y su caída me parece tan inminente que ni yo, con todo mi poder, puedo hacer nada para socorrerlo.

Milarepa lo miró pensativo y dijo:

— Lo quieres, por eso te hace sufrir su infortunio. Acaso los dioses lo aman mas, lo están probando.

El Rey Millinda repuso con firmeza:

— Creo que la deidad es benigna para los buenos. No puede ser ella la que se abate sobre el peregrino.

— Digamos, entonces, que son los genios adversos a la deidad, los malignos seres de la sorpresa que a veces tuercen los hilos del azar.

— Podría ser, pero provenga del Poder Supremo que regula las vidas o de las ocultas fuerzas que lo enturbian todo, me rebelo contra esa ofensiva permanente de los males que se cierne sobre mi amigo, el peregrino.

— El resiste, no se rinde. Sufre en silencio, se bate valerosamente contra las preocupaciones y las calamidades que lo asedian. Sería un error tratar de ayudarlo cuando debe cumplir su ciclo de pesadumbres.

— Si el hombre ayuda al hombre, puede torcer los designios de los dioses.

— Estas incurriendo en soberbia, Rey Millinda. No intentes oponerte a lo que está escrito.

— ¿Por qué habría de estar decretada la caída del justo?

— Nadie sabe, realmente, qué es caída ni qué elevación.

— Escucha, Milarepa, tú siempre me diste útiles consejos; ¿cómo podría evitar o al menos atenuar las desdichas que persiguen al peregrino?

— Aun no has comprendido que el peregrino ha sido elegido. Si miras bien, un halo misterioso circunda su cabeza y en sus ojos suele aparecer una estrella fugitiva de áureos resplandores.

— Poetizas, pretendes dar un sentido oculto a su vida. Yo sólo compruebo el dolor de sus últimos años. ¿Por qué ese destino acerbo?

— Existen hilos que nosotros, los mortales, ni vemos ni podemos manejar. No intentes hacerlo: sería en vano.

El Rey Millinda dijo finalmente:

— Sé todo cuanto debemos a los hados. No pretendo oponerme a ellos; ¿pero podrías explicarme por qué el peregrino, nacido en una feliz, que transitó su existencia por senderos de virtud, de fama, de sucesos afortunados, ahora debe padecer la amargura de verse expuesto a perderlo todo...

— Calla —contestó el Guru Milarepa— acaso al perderse el peregrino esté recorriendo un camino de salvación.

El universo converge sobre sí mismo como cree Theilard de Chardin ¿o es más bien un movimiento de energías estelares, siempre en fuga unas de otras, que sólo busca expandirse?

Pensamiento de Schiller: “el hombre ambiciona lo distante, su corazón nunca reposa. Persigue la imagen de su sueño a través de las estrellas lejanas.”

Otro de Kierkegaard: “en un encuentro con la mujer el hombre realiza lo mejor que hay en él.”

A los filósofos idealistas que niegan la existencia de la materia, habría que responderles con el juicio platónico que la considera materia en sí, coeterna de las ideas, gran receptora de las formas.

Cosa observada y mente observadora ¿no serán una sola realidad integradora?

Lo clásico: podría ser un universo físico geométrico, centrado en la medida armoniosa del cosmos, y un centro cósmico que todo lo refiere a sí. Lo actual, en cambio, sería un universo mutable, en expansión, inaprensible en sus líneas y conexiones en fuga; y una dispersión psíquica de centros múltiples que disuelven la armonía cósmica en la tempestad pensante.

Lo físico, lo psíquico. ¿se contraponen o convergen?

De tanto pensar la mente se confunde: de no hacerlo se debilita.

¿Es la mente la conciencia del universo, o el universo la conciencia de la mente?

El primer encuentro fue en el micro: ella salía, él se proponía entrar. Fue algo instantáneo, pocos segundos que bastaron para que su imagen se grabara imperecedera en su memoria. El vehículo arrancó lentamente por la intensidad del tráfico y aun pudo verla alejarse con paso rítmico y seguro. ¿Quién sería, cómo saber su nombre, averiguar dónde habitaba, volverla a ver? En la

urbe de millones de seres no es frecuente el reencuentro de dos desconocidos. Estaba soñando, como siempre: se le antojó que ese cuerpo esbelto y esa cara maravillosa le estaban destinados...

Transcurrieron varios meses. La búsqueda afanoso a la salida de los cines, en el templo, por las tiendas, durante paseos por los parques. Nada. Probablemente vivían en barrios muy distantes uno de otro, siendo remotas las probabilidades de volverse a encontrar. Pero su imagen persistía en su mente. ¿Habría reparado en él? No: recordaba que la joven sin verlo. La lógica, entonces, le sugería que era absurdo pensar en una desconocida que ni siquiera se dio cuenta de su presencia.

El estudiante Silvio Yurkovics —Tercer curso de arquitectura— veintidós años, buen deportista, audaz en toda circunstancia menos con las mujeres que le infundían cierto temor por que no le gustaban las muchachitas sino el tipo de la joven-mujer (si le llevaba algunos años mejor), se había de la bella desconocida.

Un domingo, al salir de la iglesia la vio pasar acompañada por una señora mayor. Las siguió discretamente. Avanzaron dos cuadras y las damas centraron a un lujoso automóvil. Fuese que observó que eran seguidas o simple casualidad, antes de ingresar al vehículo la joven volteó la cabeza y miró fugazmente a Silvio con mas curiosidad que interés. El muchacho vibró de alegría: había establecido el primer contacto visual y eso le bastaba. La joven guiaba el vehículo y no tardaron en desaparecer pero Yurkovics tomó el número del automóvil.

Inmediatamente se dirigió a la oficina de transito para averiguar a qué zona de la ciudad pertenecía el vehículo: así daría también con su propietaria.

— La ciudad está dividido en 80 distritos para controlar el tráfico —dijo el bondadoso comisario; a juzgar por las letras que preceden al número que usted da, ese automotor está inscrito en el distrito 44.

Allí se dirigió el joven, tomando un taxi. Resultó ser un barrio alejadísimo que jamás se le habría ocurrido visitar: una zona aristocrática de suntuosos palacios y mansiones imponentes.

El nuevo comisario, hombre adusto, se negó en redondo a proporcionar información. “¿Quién es usted?” —demandó inquisitivo. ¡Ah! Un estudiante... Todo estudiante lleva dentro un anarquista. ¿Para qué quiere saber quien es el dueño de un vehículo determinado? Aquí sólo se da información a personas oficialmente autorizadas. ¡Váyase!”

Silvio Yurkovics no se arredró. Compró un plano de la urbe, con lápiz rojo delimitó la zona del distrito CX que felizmente no era de las más pobladas y durante varias semanas la recorrió en una y otra dirección sin hallar rastros de la joven. Una mañana, tomando café en un restorán al aire libre, fatigado después de tres horas de caminatas, vio pasar a la desconocida acompañada esta vez por tres hombres que se disputaban sus sonrisas. Conversaban animadamente. De pronto ella reconoció al muchacho, enarcó las cejas como sorprendida de verlo allí; apenas había vacilado un instante, pero ese instante bastó para devolver el júbilo a Silvio: le había reconocido. El grupo se alejó y la joven desapareció sin volver la cabeza.

Mohino, descorazonado, el muchacho razonaba para sí: era una dama de la alta sociedad, acaso de la nobleza, a juzgar por su elegancia y la de sus acompañantes. Luego, era fácil deducir que se trataba de una mujer, no de una jovencita que ni por asomo podría interesarse por un mozalbete como él. En verdad: sólo había sido un sueño fugaz, una ilusión. Dejaría de pensar en ella.

Pero al día siguiente regresó al mismo restorán, pidió un café y recordó intensamente a la desconocida. Era tan bella, caminaba con tal ritmo y majestad... No, no podría olvidarla. Se levantó para volver a su lejano barrio y de súbito la desconocida pasó a su lado del brazo de un hombre de elevada estatura cuya fisonomía se asemejaba asombrosamente a la de la joven. ¿Su padre, su hermano? Podría ser, también, el marido o el novio y esta idea le oprimió el corazón. Resolvió seguirlo varias esquinas y finalmente ingresaron a una ancha avenida de suntuosas mansiones. En una de ellas con un vistoso parque delantero, ingresaron la joven y el hombre maduro. Ansioso de

contemplarla mejor el estudiante se aproximó a corta distancia y al cerrar la verja la desconocida lo miró rápidamente esbozando una sonrisa. Yurkovics se estremeció de alegría: por lo menos sabía que no la molestaba su presencia.

Pasaron varios días sin que pudiera ver a la joven. Rondaba el palacio mas ella no salía o lo efectuaba cuando él no estaba. Una mañana, descorazonado, se fue al parque próximo donde como en todos los parques pocas personas descansan en los bancos o recorren lentamente los largos senderos. Tras vagar largo rato se cansó y se sentó en un banco. Poco después llegaba una mujer y tomaba ubicación en el extremo opuesto. Concentrado en sus pensamientos Silvio no reparó en ella al principio. De pronto miró al soslayo y le pareció reconocerla. La mujer leía un libro absorta en su lectura. ¿Para qué molestarla con miradas impertinentes? Se disponía Silvio a retirarse, cuando la mujer volteó la cabeza y lo miró: Yurkovics quedó pasmado: la mujer del banco era la misteriosa desconocida. No se atrevía a pronunciar palabra. Ella tomó la iniciativa:

— ¿Nos encontramos por casualidad o usted me anda buscando? —preguntó la joven con voz suave.

Silvio, confundido, sintió que el rubor subía a sus mejillas.

— No, no... —balbuceó— es que estaba pensando si los encuentros son casuales... o es que los buscamos. (Luego más confundido, se le trabó la lengua unos segundos) El otro día, si, claro... quise saber... pero no, no tengo derecho a molestarla... quería saber...

— Quien soy yo, ¿verdad? —dijo la voz melodiosa.

— Sí: quería saber quien es usted.

— ¿Y para qué? Somos dos desconocidos y si nos estuviéramos a las reglas de la urbanidad no deberíamos hablar mientras no fuésemos presentados.

Bruscamente como si lo hubiese galvanizado un rayo de audacia, el estudiante recuperaba la seguridad en sí mismo:

— Diré la verdad —, confesó— desde la primera vez que la ví al subir al “micro” quería conocerla.

— ¿Y para qué? — preguntó la voz burlona.

— No sé por qué... Pero necesitaba conocerla.

Ella lo miró con fijeza tratando de verificar si no se trataba de un tenorio callejero, pero vió la sinceridad en los ojos del muchacho y repuso:

— Bueno, ya me conoce usted: soy la condesa Roberta Kensington.

El joven se sintió doblemente deprimido al saberlo: una mujer mayor y además noble: ¿qué podría aspirar un simple estudiante de tan alta persona?

La muchacha comprendió el desencanto del estudiante y quiso evitar herirlo.

— Bueno: en realidad sólo soy Roberta, tengo amigos y amigas. Desconfío de los primeros porque mi padre y mis dos hermanos son tres atrevidos donjuanes aunque todos tres son casados.

— Además —se atrevió a aventurar Silvio con cierta amargura— no podría existir amistad entre una condesa y un estudiante.

— ¿Y por qué no ¿Si usted me promete no empezar con los tontos galanteos de los moscardones que me fastidiaban tanto, podríamos ser buenos amigos.

Silvio creyó que se le abrían las puertas del cielo.

— Usted es muy buena, Roberta —manifestó— en realidad yo vivo sólo. Mis padres residen en otro país. Los compañeros de Universidad son o muy astutos, malignos, dados a las bromas pesadas, o tontolones. No hay comunicación sincera con las gentes de mi edad, políticamente todos de izquierda, cosa que rechazo, y también todos ateos y violentos lo que me repugna.

— Es imposible no tener alguien en quien confiar, que nos comprenda.

— Sí, es mi hermana Teresa, pero también vive en otro país.

La condesita comprendió la soledad del joven. Quiso alentarlo.

— Podemos ser amigos —enunció— pero sin compromisos previos. Yo amo mi libertad. Hablaremos cuando nos encontraremos mas esos encuentros serán casuales, no provocados.

Yurkovics no pudo esconder su entusiasmo. Le brillaron los ojos:

— Como usted diga, Roberta. Me bastará verla y... y... conversar con usted. No sabe cómo le agradezco que me haya permitido hablarle.

La condesita se levantó, dio la mano al estudiante con una sonrisa de despedida se alejó pausadamente. ¡Qué ritmo en el paso, qué gallardía en el andar! Silvio pensó que jamás había visto caminar a una mujer con ese aire majestuoso.

Dos, tres semanas. Roberta no apareció ni por su casa ni en el parque. Cierta tarde, recorriendo la calle de las librerías y los discos Silvio la vió salir de una tienda con un pequeño paquete bajo el brazo.

Silvio se acercó a ella:

— ¿Puedo acompañarla? — preguntó vacilante.

— ¿Por qué no? — contestó la joven sonriente.

Dos cuerdas más adelante un hombre alto, muy elegante, de tongo y bastón se aproximó a los jóvenes. No pudo reprimir un gesto de disgusto al ver a Yurkovics.

— Usted me dijo que iría a comprar discos —expuso en tono cortante— pero no que iría acompañada.

— Fui sola y el señor llegó después: fue un encuentro casual. (Luego, molesta, agregaba secamente) Lord Rupert: no le he concedido el derecho de entrometerse en mis actos.

El hombre reaccionó prestamente:

— Hace rato que deseo hablar con usted en forma privada. Usted lo sabe y es suficientemente inteligente para comprender que ésta era la ocasión...

— No puede ser. El joven llegó primero y será él quien me acompañe.

Lord Rupert frunció el ceño, y ya francamente molesto insistió:

— Lady Roberta: no sé qué puede usted conversar con este mozalbete...

La muchacha miró indignada al caballero y repuso:

— Yo escojo mis amigos señor de Flexelles. Además quiero ser explícita: mi respuesta a lo que desea usted exponer es "no".

Lord Rupert se retiró mascullando palabras ininteligibles alejándose a grandes pasos.

Silvio no cabía en sí de gozo: ella lo había preferido pero su alegría no tardó en disiparse cuando Roberta Kensington explicaba:

— Lord de Flexelles es muy dominante. No sabe respetar la independencia de los demás. Si se hubiera expresado con cortesía habría ido con él.

Yurkovics sintió que se le oprimía el corazón:

— Es... es... ¿quería ser su prometido?

La joven rió con risa franca:

Tal vez lo tenía pensado. Me corteja en las fiestas. Es guapo, acaudalado y nada tonto. Tiene gran posición en la política y en las finanzas. Pero es demasiado engreído, piensa más en sí que en los demás. No me gustan esa clase de hombres. Para un señor feudal. Adiviné sus intenciones y preferí desahuciarlo a tiempo. Además no pienso casarse por ahora.

Volvió la alegría al estudiante. Siguieron caminando y a poco ingresaban al parque de largas alamedas de árboles.

— ¿Usted viene con frecuencia aquí? — pregunto Yurkovics.

— Todos los días. Generalmente temprano en las mañanas; me gusta caminar, creo que es conveniente para la salud.

El estudiante se dio maña para descubrir la hora preferida por la joven y solían encontrarse con frecuencia. El paseo matinal erase cerca de una hora y fue así como se estableció una suerte de intimidad entre ambos jóvenes.

Silvio supo que Roberta poseía fuerte personalidad no obstante su exquisita femineidad, y la muchacha advirtió en el estudiante un carácter definido, ambicioso, con grandes ideas para innovar la carrera arquitectónica elegida. Ambos amaban la música, las artes y los libros y el cambio de impresiones al respecto acentuó el común entendimiento.

— Los hombres son falsos y egoístas en su grande mayoría —exclamó Roberta en una de sus caminatas.

Yurkovics se sintió lastimado.

— Yo no lo soy —contestó bruscamente.

Lady Roberta como una hermana o una madrecita:

— Usted es muy joven; recién se está formando. Ya verá cómo la vida lo rodeará de peligros.

Hacía ya dos meses desde el primer encuentro.

— Lady Roberta —quiso continuar y se calló mirándola con pasión.

— Me llamo Roberta, lady es muy protocolar. (Y con ese instinto de adivinación tan femenina añadía) No echemos a perder esta amistad que dura porque cada cual sabe dónde está parado. Me agrada su compañía. Nunca permití a ningún amigo que traspasara los límites de un buen entendimiento. ¿Seguimos así, verdad?

La pena se reflejó tan intensa en el rostro del estudiante que para atenuar el efecto de sus palabras la joven agregó:

— Bueno: en realidad usted no es un señor presuntuoso ni un galán, sino un amigo verdadero. Nada nos exigimos ni nada nos ata. Así es distinto y podemos entendernos.

Los encuentros siguieron haciéndose más frecuentes. Sutilmente ella sugería donde iría. Para Yurkovics se hizo un hábito muy querido conversar con Lady Roberta: ella, a su vez, hallaba en el muchacho la sinceridad, una frescura juvenil, un cierto desamparo, la ausencia de esa ternura que sólo puede dar la presencia femenina. Mirábalo como se mira a un hermano menor.

Cierta vez que el muchacho le dio un poema, Roberta lo rechazó:

— No me gustan los versos —dijo— ablandan el corazón femenino y lo vuelven llorón.

Pero cuando él, confuso, expresó que le había sido sugerido por ella, la joven quiso suavizar su respuesta despectiva. Prometió leerlo y en el próximo encuentro su juicio fue muy claro:

— Leí muy pocos versos, algo de Keats, algo de Shelley. No soy buen juez para juzgar un poema. El suyo suena musical pero me parece teñido de melancolía; ¿por qué?

Silvio enrojeció al contestar:

— No lo sé... La soledad predispone a la tristeza... Soñar en algo imposible también... No me haga caso: no volveré a escribir versos.

— ¡Oh, no, no! Expresó la condesita. Usted sabe pensar, sabe expresar. Siga haciendo poemas, gustaran a muchos.

En otra ocasión Yurkovics le mostró su retrato, una hermosa cabecita colocada en la esfera de su reloj y sacada de una revista.

— ¿Qué hace mi retrato allí? —preguntó con voz indiferente.

— Verlo me hace bien —replicó el muchacho.

— Es una humorada. No tiene objeto.

Días más tarde advirtiendo que el estudiante se entristecía y se ponía nervioso cuando llegaba el momento de separarse, Lady Roberta le dijo:

— En este mundo moderno, tan vertiginoso y tan cruel, hay que dar más importancia a la cabeza que al corazón.

Transcurrían los días y Roberta advirtió, con sorpresa, que un día sin encontrarse con Silvio le producía desazón. “Que tontería —se dijo— me preocupo por él porque es un chico simpático y me conmueve la devoción con que se me acerca.”

La condesita notaba cómo cambiaba el carácter del muchacho. Le preguntó si tenía problemas con su familia, indagó por sus estudios: marchaban bien “ ¿Hay alguna linda muchacha que lo obsesionaba?” —preguntó.

— Si existiera no estaría aquí...

Entonces Roberta creyó oportuno cortar esa amistad que no tenía salida. Y con voz suave, persuasiva, enunciaba:

— Silvio: yo tengo una gran simpatía por usted, tal vez algo más que simpatía. Nos hemos confiado tantas cosas... Pero, pero hay que pensar que yo tengo 27 años y usted sólo 22. Además, además mi familia me tiene destinada ya, y usted, usted debe seguir una carrera, es todavía muy joven...

Siguieron encontrándose en forma algo más espaciada, acaso porque la joven quería evitar al muchacho el dolor de una separación definitiva. Y Lady Roberta, creía sentir por él sólo la simpatía o tal vez el cariño que se siente por un hermano menor.

Otra vez al pasar por el banco habitual, la encontró conversando con un desconocido. Cruzó delante de ellos, saludó y siguió su camino.

Al día siguiente, nervioso, Silvio la interrogó:

— ¿Quién era el hombre con quien conversaba usted?

Lo dijo en un tono áspero y la condesita, herida, respondió con altivez:

— No he dado a nadie el derecho de entrometerse en mi conducta.

Pero vió tal tristeza en los ojos de Yurkovics que añadía:

— Es lord Walington, enamorado de mi hermana Cordelia. Tuvieron una pelea y quería que lo ayude a componerse con ella.

—Discúlpeme —dijo el joven— lo comprendo. (Y luego con amargura) Claro: lady Roberta Kensington no podía decir a lord Walington que tenía amistad con un simple estudiante...

—Podía —dijo Roberta— pero estaba tan afligido que no me atreví a cortar su confidencia. Y como la pena seguía brillando en los ojos del muchacho puso su mano sobre la del joven:

—Silvio —agregó usted es muy joven. No sueñe tanto. Si, somos amigos, mas no deseo perturbarlo ni que se forje usted ideas extrañas. Nuestros mundos son muy opuestos.

Al sentir el suave tacto de la mano de lady Roberta el joven no pudo evitar un estremecimiento de dicha. Quedó confuso unos instantes, luego volteó la palma de la suya y cogió nerviosamente los dedos de la joven: en el juego táctil ardía la intensidad de su pasión.

—Roberta... Roberta... —atinó a decir.

La joven comprendió que debía poner término al equívoco (para ella se trataba solamente de un equívoco: el estudiante solitario en tierra extraña, querido de comunicación y de ternura, nada más). Le había concedido muchas horas de diálogo amistoso y eso debía concluir.

— Tenemos que irnos ya. Será mejor que no vuelva yo por el parque.

La desesperación cruzó la mirada Yurkovics. Y nuevamente lady Roberta se sintió desarmada por el dolor del muchacho:

— Volveré —rectificó— pero no tan seguido. La verdadera amistad se hace desear, no fatiga.

—Gracias —contestó animado el joven— ¡oh, muchas gracias!

Esa noche lady Roberta Reflexionó seriamente sobre todo lo acontecido. Silvio le agradaba, ciertamente. No obstante su juventud, poseía firmeza de carácter y su conversación era más variada, más interesante que la de los encopetados caballeros que la asediaban. Provenía de un mundo nuevo para ella, su alma joven irradiaba confianza y sinceridad. Y esos ojos ardientes que la miraban con pasión reflejaban amor. Pero ella ¿amaba al muchacho o sólo sentía por él el cálido afecto de una hermana o de una madrecita. “¡Oh —pensó— también yo estoy soñando!” Y la

embargó un raro sentimiento de vacío al suponer que ya no encontraría al joven en el parque. Porque estaba decidida: no volvería al parque para no causarle más daño, porque lady Roberta Kensington, además, debía encausar su vida con más seriedad. ¿Qué habían sido esas pocas semanas de encuentros fugaces con el estudiante Yurkovics? Eso, solamente encuentros placenteros con un amigo demasiado joven, al que quiso aliviar en su soledad y que le inspiró confianza para revelar algunas cosas de su propia manera de ser y de pensar. Había que enmendar el error, y lo enmendaría.

Lady Roberta no volvió al parque durante diez días. Al cabo de ellos, pensó que debía despedirse del joven. Lo encontró, como siempre en el banco de costumbre.

Se levantó, emocionado, apenas la vió:

— Sabía que volvería —dijo ansioso.

Ella anotaba burlona:

— ¿Presunción?

— ¡Oh, no, no lady Roberta! Un presentimiento secreto. Usted no podía abandonarme así...

La joven sintió una oleada de cariño hacia el muchacho.

— Hemos tenido la misma idea. Quería despedirme de usted y agradecerle por los buenos momentos que pasamos.

El estudiante se paralizó pintado el estupor en su cara.

— ¿Despedirnos, por qué...?

La condesita comprendió que no debía ofenderlo y optó por mentir:

— Mi familia debe visitar a mi abuela materna que vive en el Canadá y es posible que residamos allí unos meses.

Silvio quedó silencioso unos instantes; luego, en voz baja expresó:

— Lo entiendo. He pensado mucho en ciertas frases que dijo usted el otro día. Soy un loco, usted me ha devuelto a la realidad. (Vaciló un tanto y enseguida prosiguió) Sólo quiero pedirle que me conceda una última entrevista...

— Claro que sí —repuso lady Roberta— ¿Qué día?

— Si pudiera ser el próximo jueves, a las nueve de la mañana, como el día que la encontré la primera vez en nuestro... perdón... en el parque.

Al estrechar la mano del muchacho la condesita sintió una presión varonil. Los ojos de Yurkovics ya no revelaban tristeza: una orgullosa altivez delataba al hombre que se sobreponía a la derrota del joven.

“He comprendido —se dijo lady Roberta— adivina que deseo cortar nuestra amistad.” Y a su vez la invadió una melancolía sorpresiva.

— Silvio —exclamó— seguiremos siendo buenos amigos ¿verdad? Podríamos escribirnos...

—Roberta: ¿para qué insistir en lo imposible? Deje que me despida a mi manera. Hasta el jueves.

Los tres días siguientes pasaron veloces. Ambos taciturnos, reflexionando si hacían mal o bien en interrumpir su vinculación —¿amistosa, amorosa? —el muchacho más afligido que la joven, seguro de su pasión por ella, en tanto lady Roberta aun vacilaba si lo que sentía por él era amor o solamente afecto fraternal.

La víspera del encuentro final Yurkovics la vió pasar acompañada por el lord Rupert. Se le encogió el corazón: “es natural —se dijo— pertenecen al mismo mundo. Fui un tonto en imaginar que podría alcanzarla.”

Más no desistió de la forma cómo había planeado la despedida.

La condesita llegó vestida de una muselina verde-claro que hacía resaltar su tipo moreno. Silvio pensó que nunca había visto una mujer más hermosa.

— Para usted —le dijo entregándole un sobre y se disponía a partir, pero la joven lo retuvo junto a sí. Abrió el sobre, desplegó las hojas y leyó lo que el estudiante escribiera como despedida. En ellas le contaba que abandonaría Londres porque no podría resistir la pena de saberla cerca y no poder aproximarse a ella. Terminaría sus estudios universitarios en Bolivia, su patria, donde un tío acaudalado le tenía reservado trabajo para cuando terminara sus estudios de arquitectura. “Me faltan dos años — expresaba la carta— seré un buen profesional, pero nunca me casaré porque sólo existe para mi una lady Roberta.” La misiva terminaba con una lírica manifestación de prosa poética en la cual el estudiante expresaba el profundo amor y admiración que sentía por la condesita.

Ella terminó de leer la carta pugnando por impedir las lágrimas que asomaban a sus oscuros ojos insondables.

Tomó las manos del joven y no podía hablar con la emoción.

Sus cuerpos vibraron en el contacto de los dedos entrelazados. Las miradas brillaban de ternura. La joven rompió el silencio:

— ¿Tanto me quieres? — preguntó azorada.

— Más de lo que piensas —dijo el muchacho—. Pasado mañana tomaré el “jet” que me llevará a mi patria, pero jamás te olvidaré.

— No te irás —replicó la joven— seguirás tus estudios en Londres. Esperaré dos años y seré tu mujer.

Y dicen que no hubo matrimonio más feliz que el de la condesita Roberta Kensington con Silvio Yurkovics. Tuvieron tres hijos, vivieron muchos años, y todo sucedió como en un cuento de hadas aunque fue absolutamente verdad. El boliviano hijo de yugoeslavos y la inglesita hija de escoceses tienen todavía descendientes en la tierra de la vicuña y de los cóndores.

Leyendo a Proust, un joven lector, muy instruido, expresa:

— Es estupendo, pero ya no se escribe así. Pertenece al pasado.

El amigo, sarcástico:

— También Homero, Horacio, Dante pertenecen al pasado y los sigues leyendo con deleite.

— Es verdad: regreso a ellos, pero Proust es más difícil, tal vez porque su literatura está demasiado elaborada...

— En todo tiempo existió la prosa altamente intelectualizada. El destino de sus creadores es padecer la incompreensión de sus contemporáneos. Thomas Mann tuvo que emigrar para que los alemanes reconocieran su genio.

— A mí me parece un producto de la decadencia...

— Todo lo contrario: es el re-creador de novísimos modos de sensibilidad. Todo lo que toca su pluma se enciende de mágicos colores y esa aparente densidad de su prosa en verdad el tejido verbal opulento y seguro de un estilo recamado de oro y pedrería. Proust, el hipersensible, puede ser leído muchas veces por lectores de gusto refinado. Claro que los que sólo buscan amenidad narrativa se pierden en el bosque cerrado de su escritura contrapuntística que desenvuelve a la vez contrapuestos tonos y armonías. Proust encanta, desencanta y vuelve a fascinar.

— Sinceramente: no entiendo A la Búsqueda del Tiempo Perdido.

— Como no comprendes los últimos cuartetos de Beethoven. Hay que haber vivido y sentido mucho para aproximarse a esos dragones sagrados guardadores de la música y la literatura. Destilan complejidad y oscuridad, pero suelen adormecerse y te dejarán pasar tras la mandrágora de los sueños si maduraste en la pesadumbre del pensar y en los quebrantos del vivir. Los genios crepusculares no son para la ebria juventud.

Como el Mar impetuoso, como la Montaña permanente, como la Estrella gozosa y solitaria tu despertar de artista se meció en símbolos altísimos. Soñabas superar a todos los que fueron, y al cabo de tantas victorias y caídas te ves sólo uno en la multitud innumerable de los esforzados.

No importa: nadie podría arrebatarte el largo caminar rico de sorpresas que te hizo uno entre miles.

Alzate contra los agoreros y los falsos profetas de un desquiciamiento apocalíptico. Rebélate contra los pesimistas que pretenden definir al hombre como un punto entre dos nada. Desconoce a los que miran fútil la vida e inútil todo esfuerzo. Desecha a jeremíacos y miedosos que tienen terror ante la Muerte.

Porque la Muerte es Nueva Vida y te fue otorgado temer sólo a tu conciencia y al Señor.

Nada sucede en vano, todo vivir es digno de memoria y reconocimiento.

Vienes de un reino desconocido y te sumergirás en otro aun mayor. Soldado de la Fe y de la Esperanza, pertenece al ejército que conduce a la victoria. Por infinito que sea el Universo, por mínima tu acción, el pequeño tránsito humano lleva en sí mismo el sello de su dignidad.

El mundo fue muchas veces destruido, muchas vuelto a edificar. Si la catástrofe debe llegar, llegará. Acepta con serena firmeza el mandato del Destino, valeroso y tranquilo hasta la última hora.

Crees en Dios, en el Bien en la Belleza. Tus búsquedas te abrieron el camino a la Sabiduría, madre suprema que te hizo vivir cien vidas y conocer mil mundos.

Hermanado con el Mar y con la Montaña la transfiguración final te llevará, con tus ideales y tus sueños, a esa Estrella remota, de vivísimos fulgores, que en la nocturna calma te revela el misterio inextinguible del ser, del pensar y del sentir.

Fernando Diez de Medina

La presente primera edición de "DEL MAR, DE LA MONTAÑA, Y DE LA ESTRELLA". Es propiedad del Editor Rolando Diez de Medina, © 2006, La Paz - Bolivia

[Inicio](#)